BIBLIOTECA SELECTA

LIII

SALVADOR RUEDA

BAJO LA PARRA

Bajo la parra; El tronido; Salamandra;
La pareja de mariposas;
La pulga; Los murciélagos; Escena al sol;
El exorcismo;
La venta del pescado; Los barqueros;
El musgo; El aguacero de oro;
La banda de música; El vaso de agua;
Cuadro húngaro; Cuadro oriental;
Las cédulas de año;
La mujer desconocida;
Crepúsculo.

VALENCIA
PASCUAL AGUILAR, EDITOR,
Caballeros, 1

Imp. de Juan Guix, Miñana, 7 y 9.

INDICE

	PÁGINAS.
Bajo la parra.	7
El tronido.	15
Salamandra.	27
La pareja de mariposas..	35
La pulga.	43
Los murciélagos..	51
Escena al sol..	61
El exorcismo..	71
La venta del pescado.	81
Los barqueros.	91
El musgo..	101
El aguacero de oro.	109
La banda de música..	117
El vaso de agua.	125
Cuadro húngaro..	135
Cuadro oriental.	143
Las cédulas de año.	151
La mujer desconocida.	161
Crepúsculo.	171

Al ilustre literato y hombre de ciencia
D. Felipe Picatoste,

Salvador Rueda.

BAJO LA PARRA

Bajo la parra

Rodeada de todos los adminículos correspondientes á la costura, como son, una silla llena de ropa blanca á un lado, el canasto con el alfiletero y los ovillos de hilo á otro, la camisa que zurce y repasa sobre las rodillas y alguna prenda caida á los piés, que se entretuvo en derribar el gato tirando de una cinta que le sirvió de juego, Micaela, la fresca viuda del lagar, aprovecha el sol de un templado dia de otoño para desquitarse, en la costura, de los dias nublados y lluviosos, no aprovechados por ella sino en las tareas de la puerta adentro, acabadas las cuales poníase en el umbral á ver hervir el charco formado en la puerta con sus gotas haciendo piruetas al caer.

Pero si vió pasar horas y horas sin poder aten-

der á su costura, mirando el horizonte y el paisaje cruzados por las oblícuas líneas del aguacero, como no hay mal que cien años dure, el tiempo abrió paréntesis de oro á un sereno y hermoso dia de sol, que á la vez que hizo salir de sus grietas las alimañas, echó también fuera de la casa á toda la familia de Micaela. Excepto el infortunado esposo, que Dios haya, allí está toda tan completa y cabal como la blanca dentadura de la viuda, que ahí es nada si ella sabe mostrarla en toda la línea al formular una oportuna sonrisa, que á veces acompaña de un doliente fruncimiento de cejas dedicado al difunto.

Cerca de Micaela, que inclina la frente sobre la costura, lian las guitas á sus trompos tres inquietos muchachos, hijos de la viuda, y los disparan contra el suelo dentro de un círculo trazado con la punta de uno de los *peones*, á fin de sacar á fuerza de embestidas á trompo bailando las monedas de cobre que hay dentro de la circunferencia.

Todavía conserva la parra, tendida delante de la puerta, bastante número de hojas enlutadas, y el suelo representa un pintoresco tapiz lleno de movibles bordados que fingen las sombras de las hojas.

En la actitud que queda descrita hállase la modesta viuda, cuando su pensamiento, halagado por el ruido amoroso que hacen los niños al jugar, escápasele, sin ella sentirlo, hácia el recuer-

do del difunto esposo, y considera cuánta ventura y bienestar le faltan desde que el solícito compañero la envolvía en amoroso cuidado, como divino velo á desposada, y la ponía á salvo de toda pena: ahora llegan los frios primeros de otoño, y en su alrededor no arde otro fuego que el de un sol desmayado y pálido que se pone no bien ha nacido.

Saltando melancólicamente su pensamiento de unas en otras tristes ideas, cayó, cuando menos lo pensaba, en la figura obesa, pero agilísima y picaresca, de un su vecino, de nombre Lorenzo, viudo como ella, que habíale ya dicho algo á su triste soledad referente, y á lo gustoso que él viviria siendo rodrigón de tan delicada rosa, con otras lindezas propias de quien pasaba por de lo más leido del contorno.

—¡El demonio del hombre!—solia contestar siempre Micaela á sus guiños, palabras y ademanes; y aunque tal dijera con aires como de justa queja, es lo cierto que muy á su gusto quedábase ella rumiando en el oido las palabras y en la pupila los trazos de la figura de Lorenzo.

El cual, en tanto iniciábase en tal sentido, á la postre bien encaminado, aderezaba el palique con una fineza á que seguia un intento de caricia é intercalaba en todo una de cal y otra de arena; y como la viuda dudase de la limpieza de propósitos del pretendiente, á la que era caricia

contestaba con soñón, á la avanzada con paso atrás y en guardia, á la queja con amable sonrisa y á la petición con nebulosa promesa.

Vióle Micaela venir á lo lejos; miróse á un lado y otro para arreglarse; hizo espejo de las relucientes tijeras, y se preparó á recibir al viajero.

Entró éste bajo la parra, sombrero en mano, y un torbellino de sombras de pámpanos le pasó sobre la ancha calva, que no por serlo dejaba de caer perfectamente á la benévola figura del hombre.

Una vez que le permitió hablar el cansancio, comenzó con la mímica y las palabras de siempre: mucho vecina «esto y lo otro» y mucho repasar uno tras otro los dedos de la mano, como quien hace la cuenta de las ventajas que trae una proposición; y en tanto que él insiste, y ella rehuye, y él queda sentado de medio lado como en señal de enojo, y ella sonríe indecisa, el zumbido de los trompos de los muchachos finge el mugir de los vientos de la batalla que se libra, y los saltos y cabriolas que dan al jugar los *peones*, las ideas que bullen dislocadas dentro de los cerebros, en danza gustosa y alborozada.

Pero esta vez el viudo piensa arrancar el sí suspirado, y torna á empezar de nuevo la construcción de sus argumentos, como el niño vuelve al levantamiento del castillo de naipes.

—Nada; lo que es yo no me voy sin el *sí*, ve-

cina; considere usted que no hay como una manta y una mesa para dos.

En esto, el niño dormido en la cuna, á la entrada de la casa, despierta dando manotadas, y Micaela, dejando caer un aguacero de ovillos, trapos y tijeras, corre á tomarle en sus brazos.

Heridos los ojos del niño por la luz, menos rubia que su pelo, llévase los puños cerrados al rostro, arrancándose á su manera los restos perezosos del sueño.

Como la madre le conduce, haciéndole caricias, cerca del huésped, en presencia del nuevo rostro prorumpe el chiquillo en sonidos inarticulados, y se rie enseñando sus dos únicos dientes.

El hombre lo besa en las mejillas: el niño le tiende entonces los brazos.

—¡Papá!—dice claro el muñeco; y arrebatándoselo entonces á la madre el pertinaz enamorado, dice con resolución y ternura:

—¿Y ahora? ¿Dejará usted feo al zagal?

La viuda bajó la frente, dominada por los sentimientos de enamorada y de madre; vió á sus demás hijos sin protección ni amparo, y corriéndole dos lágrimas por las mejillas, contestó:

—¡Valga su palabra!

Una bocanada de aire que pasó por la vid tendida sobre sus cabezas hizo palmotear á todas las hojas, como si celebraran una gran fiesta de la naturaleza.

EL TRONIDO

El tronido

Remigio Polvorilla, aplaudido pirotécnico de Villalegre y distinguido arquitecto de castillos artificiales, seco y enjuto como larga tira de mojama, con dos punzadas de lezna en vez de ojos, dotado de una actividad que hace perezosa á la ardilla, imprescindible en toda fiesta de patrona de los pueblos vecinos, poseedor del *fiat lux* oculto en las puntas de sus pajuelas, solicitado allende y aquende y donde quiera para alegrar con su arte mágico los ojos, vivo, servicial, inteligente y trabajador, tiene una hija que le lia la tramilla á las cañas, que le hace con singular maestría los *tronidos,* que le combina las materias explosivas con exactitud de matemáticas, que le ordena las docenas de cohetes y los ata á los largos juncos de rio, y que es, en fin, su mano derecha, como se dice. Tambien tiene Polvorilla á

su lado un mozo de aprovechados años que le muele con delicada finura los productos, le hace los armazones de las ruedas, le asierra los postes para el castillo, le lleva y le trae, y le deja á su antojo, y mira—y esto es lo que no sabe Polvorilla—los dulces ojos de la muchacha con intención pecaminosa, y le dice cuando puede «que más grandes que las de las bombas son las explosiones de su cariño, que mejor le alumbran sus pupilas que una luz de bengala, y que cuándo llegará el dia en que reviente el tronido», cosas á que la muchacha contesta con solo aplicar, en hipérbole, el carbón á la mecha y hacer volar estrepitosamente todo el castillo.

Que está seguro de su amor, ya lo sabe el malicioso Mateo, quien, tenaz é intencionado, y á la postre jóven y amoroso, lo de las luces tómalo solo como pretexto para tener viva la llama en el corazón de Rosario, aunque dicho sea en honor de ésta, no necesita de incentivos para estallar, quizás por aquello de su singular adaptación al ambiente que le rodea.

—El nitrato de estronciana—grita de pronto Polvorilla dirigiéndose al mozo para que le alargue el paquete, sepultados uno y otro en un verdadero laberinto de ruedas, tramillas y cohetes.

—Allá va—reza Mateo aplicado en su tarea, y alarga los piés al gusto de los objetos, que en el suelo dejan escasos lunares sin cubrir.

—Toma—clama de nuevo Polvorilla—las cuatro partes de nitrato; pónle una de goma laca bien molida y haz una luz roja.

—Corriente—repite poniéndose á hacerla el zagal.

Y dale que tienes, y revuelve que revuelve, mete los polvos, color blanco rosado, en el cartucho, y coge el atacador, con el cual, aprieta que aprieta, deja la luz como de perlas y á gusto del exigente Polvorilla.

En otro lado, Rosario dispone las lágrimas de un cohete de espectáculo y las une á la ruidosa bomba que habrá de estallar en el aire, y lia despues la fina cuerda para sujetar el futuro surtidor de fuego al junco que le hará compañía por los cielos.

Con tan rápido correr en la tarea como el de las tres personas, las onzas del antimonio se consumen con extraordinaria presteza; los paquetes de azufre desaparecen en las combinaciones de color azul, y las majas de los morteros cógense y entrelazan el compás, no cesando de hacer con voz parecida á la de la caja, *pan, pan, ratapan.*

Tal apresuramiento, claro es, tiene su razón que lo explique, y razón de peso en este caso; como que, á pesar de cuanto falta que poner á la vereda, los fuegos habrán de lucir por la noche, despues de la procesión de la Vírgen, y ¡ay de

Polvorilla! si el castillo no estuviese acabado á su tiempo.

Pero á bien que ya lo principal está enclavado y puesto en el ejido, rodeado por un coro de curiosos chiquillos, y lo que resta va al vapor en la casa del pirotécnico, de suerte que no habrá éste de perder un ápice en su fama de hombre entendido y puntual.

Mientras que poseido de febril inspiración entra en un recinto oscuro del corral donde hace las pruebas de sus combinaciones, y allí se extasía en los colores que surgen de improviso, Mateo traba un repiqueteado diálogo con la muchacha, poniéndose en inteligencia con ella para ver juntos los fuegos por la noche.

—Quien lo hace, justo es que lo vea, Rosario —dice el mozo, preparando á toda prisa una bomba.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que como tu padre tendrá que andar en las maniobras del castillo, nosotros podremos ver juntos la fiesta; ¿qué dices tú?

—Que nos puede ver la gente y creerá lo que no es del caso.

—Toma, y que lo crean... ¡yo me he de casar contigo!...

—Pues así que te cases, veremos la fiesta juntos.

—Eso no, porque si tarda...

—Tendremos paciencia.

—No hay paciencia viéndote *cá* dia, Rosario; y á la hora esta ni *siquiá* mas *dao* lo que alguna vez te he *pedío*.

—¿Y qué cosa es ella?

—Pues *lo que tú sabes*.

—Eso no lo hago yo más que con el vaso cuando bebo.

—Pos figúrate que yo soy el vaso.

—No puede ser; á tí no te se ve por dentro.

—¿Y eso qué?

—Que me tienes que dar, con formalidad, palabra de casamiento.

—Palabra te doy, Rosario.

—¿De verdad?

—De veras. ¿Veremos juntos los fuegos?

—Si prometes no propasarte...

—Lo prometo; pero habrás de tomarme por el vaso.

—Eso lo veremos.

—Corriente; pero si al sonar este cohete, míralo, el de las luces de oro, tú no te has decidío, seré yo quien tome la copa pa beber.

—Eso no, eso no.

—¿Pero no oyes que quiero emparentar con tu padre?

Y quizás por aquello de que en nombrando al ruin de Roma dícese que pronto asoma, Polvorilla es el que vuelve del corral, satisfecho completamente de su prueba.

Fijando ruedas y ruedas en los palos, poniendo en mazos los cohetes que habrá de ir disparando el cohetero, y ordenándolo todo para llevarlo cuanto antes al ejido, la tarea queda al fin terminada á eso de dos luces, y Polvorilla aguarda, como siempre, su triunfo, satisfecho de su trabajo.

Ya ha llegado la banda de música de la ciudad y ha entrado en el pueblo entre una delirante nube de chiquillos, entonando el patriótico himno de Riego, que hizo vibrar de entusiasmo las piedras de la calle.

En la iglesia luce la Vírgen, colocada sobre las andas, bajo un sonoro dosel de campanillas de plata; la gente va y viene con extraordinario júbilo, deseando que se dé comienzo á la procesión.

Ésta sale al cabo lentamente de la iglesia, entre rezos fervorosos y plañideros violines que acompañan la voz del sacerdote, el cual ensalza con letra latina las glorias y excelsitudes de María.

Durante la carrera por las calles, los escopeteros disparan entusiastas salvas al aire, los muchachos indican la carrera dando saltos y brincos delante de la música, las beatas hínchanse de misticismos empuñando bajo los mantones los rosarios, y los cohetes parten súbitamente hácia arriba como surtidores luminosos.

De vuelta la festejada Imágen á la iglesia y terminado el rosario con toda la devoción necesaria, la muchedumbre corre desatentada al ejido á contemplar uno de sus espectáculos favoritos, los ansiados fuegos artificiales, compuestos por el hábil y reputado Polvorilla.

Éste, semejante á Cuasimodo cuando huye con soltura prodigiosa por las puntas y remates de las veletas, sube y baja por el castillo, el cual representa un templo cristiano con sus naves y sus altares, sus torres y cresterías.

A la luz de los primeros cohetes que se rompen mírase instantáneamente una masa negra y enorme de gente, que se parapeta y extiende por los barrancos y se pierde en grupos aislados en la distancia.

Uno de los grupos más apartados, el más distante sin duda del punto donde empieza á lucir el espectáculo, es el formado por los artistas auxiliares del pirotécnico, por Rosario y Mateo, el cual logró al fin arrancar á su pareja y llevarla á contemplar las fiestas de la Vírgen.

—¿Cuándo subirá el cohete?—pregunta con voz apasionada Mateo á su emocionada compañera.

—Nada me importa que suba ni que baje, porque la sed está tan lejos de mí como la fuente.

—¿Lejos? ¿Lo dices de verdad?

—¡Vaya si lo digo!

Precedido de un largo silbido de pólvora aprisionada, se abrió á lo lejos sobre uno de los postes de madera, como un cáliz de flor luminosa vestido de infinitos colores, que empezó á lanzar de su seno tallos dorados y chispas fugitivas, igual que si una copa de forma esbeltísima se coronara de champagne y rodara su espuma por los bordes: el pirotécnico la habia designado con el justo nombre de *la copa de fuego*.

Las burbujas, representadas por lucecillas, que trazaban remolino fantástico en el fondo, simulaban un deslumbrador baile de insectos, de origen de salamandra, que gozaban las vivas alegrías de su elemento.

La copa rompióse por un lado, cayendo el líquido al suelo, y la rueda que movia el aparato quedóse dando vueltas automáticas por algunos momentos.

Seguidamente subió un apretado haz de cohetes, semejantes á larguísimos trigos de oro, que una vez en lo alto, rompieron las espigas en brillantes puntos azules, los cuales bajaron temblando sobre la tierra.

De capricho en capricho y de aplauso en aplauso, llegóse á la iluminación de la iglesia, representada por el castillo; fué una apoteósis digna del maestro Polvorilla, que en punto á fantasía daba ciento y raya á cuantos se habian entregado al manejo de la pólvora. La simulada iglesia

apareció llameando en el fondo de la noche, con sus cúpulas de jaspes de colores, sus arrogantes bóvedas de pórfido, sus cornisas de llamas azules divididas en puntos de rosarios, sus campanas volteando como tocando á gloria en lo alto de las torres, y el laberinto de palmeras abriéndose en arcos de fuego que sostenian la aérea techumbre del edificio.

Luego rodó la mole en masas de lumbre sobre la tierra, la muchedumbre batió las palmas con entusiasmo, y aguardó el último incidente de la fiesta, que, como en años anteriores, debia de ser la explosión de luces de una bomba, ó un cohete de gran espectáculo que alumbrara durante un momento la ancha extensión de los campos.

Polvorilla habia dejado para lo último un cohete de luces de oro que habia mandado hacer á Mateo.

Ya casi habia perdido éste la esperanza de que brillara en los aires la señal convenida con su novia, cuando, recto y delgado como barra candente, salió de entre las ruinas del castillo el cohete ansiado, que una vez que hubo recorrido un buen trecho de cielo, ocultóse de repente para salir de nuevo á los ojos, incidente que le hizo ser reconocido por los enamorados.

Tomando entonces Mateo por estrechez de copa la cintura de su adorada, y á tiempo que el me-

teoro hacia su explosión luminosa en los aires, un chasquido dulce y sonoro, equivalente al que de propio intento habia el mozo suprimido en su obra, sonó en los dulces labios de Rosario, y el raudal de lágrimas de oro bajó tembloroso y vivo sobre la negra soledad de los campos.

—¡A Polvorilla se le ha olvidado el *tronido*! —decia la gente, viendo caer en silencio el raudal de puntos vivísimos.

—¡El trueno es la alegría del cohete!—añadian otros, desazonados por la falta del detalle.

Unicamente Rosario oyó claro y distinto el tronido del meteoro, que, como música celeste, llevó siempre vibrando en el corazón y en los oidos.

SALAMANDRA

Salamandra

Salamandra atraviesa solo y alegre las calles de la populosa ciudad. Acaba de abandonar el lecho, y con los ojos aún abultados por el sueño, empieza á disfrutar de la noche, que él convierte en dia lleno de irresistibles encantos.

Comienzan á cerrar sus puertas los establecimientos; tan pronto se deja atrás la tienda donde quedan escondidos los figurines como grupo de fantasmas, y el aparador donde los objetos parecen cerrar los ojos para entregarse al sosegado sueño, como ve desaparecer el fondo de azulejos de la carnicería y el antro de la espantosa funeraria, orlado de vistosos ataudes que se alzan al lado de los muros.

Ya solo se escucha en el silencio de la noche el incansable piano que suena en algún apartado café y une su voz á la del agudo violin, y los

pasos de las últimas personas que se retiran en busca del descanso.

Es la hora en que las ahumadas buñolerías se cierran para abrir sus puertas antes de la hora del alba y recoger á los insomnes que ruedan de café en café sin querer retirarse á sus hogares.

En las redacciones de los periódicos, pasadas las horas del bullicio, cada cual entra de lleno en su tarea para darle cima antes de la madrugada. Las cabezas, inclinadas sobre las cuartillas, se esfuerzan en producir, ya el meditado artículo de fondo, ya la revista extranjera, donde se expone el estado político de Europa, ó bien el artículo literario, donde el escritor tiene que verter fantasía é inspiración, harto fatigadas ya por el diario ejercicio. Las luces proyectan sus rayos sobre las mesas y exhalan ténue y penetrante pitido, que se clava como alambre invisible en las cabezas. Nada se oye dentro de la estancia, á no ser el rasguear de las plumas sobre el papel.

Salamandra se cree transportado á un mundo distinto del en que vive. Fíjase en el aspecto extraño de la capital, con su silencio allí donde estalla el estruendo durante el dia; en las muestras, que enseñan sus letreros á calles desiertas; en los relojes de las iglesias, que señalan la hora sin esperar que ojos humanos la contemplen.

La población, blanqueada débilmente por la luna, parece á Salamandra cosa de sepulcro gi-

gantesco, y se echa á componer cuentos de duendes y de endriagos.

En su marcha accidentada topa con un desierto café, donde penetra despues de haber andado como sonámbulo por las calles.

Allá, tras las hileras de mesas que en su superficie muestran las sillas arrumbadas, está el sitio donde el desvelado se entrega á sus imaginaciones y hace surgir el ponche del bruñido tazón de plata.

Salamandra es conocido en todos los sitios de última hora de Madrid. Habla con artistas y escritores, interviene en los diálogos con el dueño del establecimiento, saluda á los que llegan á rodear las mesas, expone proyectos de bromas y de fiestas, cuenta con magistral palabra cuentos llenos de malicia, y tan pronto en los dias en que *vela* se le ve en la plaza de Toros aplaudir un donaire de capa, como en un teatro llamar al autor, ó en una broma de amigos llevar la voz cantante y embelesar á todos con su ingenio.

Es tan idealista Salamandra, que creyendo en todo lo humano y lo divino, si vela durante la noche, es por gozar de lo extraño y desconocido; si apura los vinos y licores, es por ver chispear la luz en los cristales, y si pone en tortura su imaginación, es por acercarse á lo espiritual por medio de la emoción sublime del artista.

Con tan extraordinario derroche de sensacio-

nes y estar despierto cuando otros duermen, su organismo se halla como calcinado, y cree la imaginación que una racha de viento podria tirarlo contra el suelo y hacerle saltar en pedazos.

El resplandor de las llamas que surgen de la vasija metálica le tiñe el rostro á la sazón del pálido color de la muerte. Salamandra mueve la honda cuchara en la ponchera, y crea nuevos y fantásticos reflejos que se entretiene en mirar embebecido. Ocupado en sus manipulaciones de vampiro y en ir y venir con las manos entre la llama, tómalo la fantasía por misteriosa salamandra que bulle diabólicamente entre el fuego.

Todo cerca de él está entregado á profundo sueño. Los espejos colgados de los muros, que parecen grandes ojos humanos, reproducen en su seno las columnas del edificio, bañadas de soñolientos reflejos, y las grandes cortinas, parecidas á ampulosos trajes de visiones. Allí parecen palpitar aún sobre las mesas los diálogos brotados al sonar las copas: aplicando atentamente el oido, créese percibir la animada disputa surgida de pronto, la voz del cafetero anunciando su paso por entre las hileras de mesas, el ruidoso golpe de la puerta cada vez que entra un nuevo grupo de personas, las risas, los gritos, las imprecaciones lanzadas en todos sentidos, y el golpe producido por la bola de billar que rueda con decisión sobre las mesas.

Sobre un redondo tablero de piedra contémplase un dibujo hecho al lápiz, que, mientras conversaba, bosquejó con maestría un caprichoso pintor; en un diván de terciopelo permanece aún la honda huella del cuerpo de un flemático, que, oyendo perorar, llenóse la pechera con la ceniza del cigarro, por no desviar el perezoso brazo á un lado del asiento; en aquél espaldar descansó la cabeza de un visionario, que dejó volar sus imágenes por el ambiente de fuego de la estancia; cada sitio tiene su señal ó su recuerdo, bien como sendero por el cual hemos paseado nuestras penas, y en cada lugar créese percibir algo de la persona que en él habló y manifestó sus emociones.

Las lenguas azules de la llama que incesantemente hace brotar del ron el desvelado, muévense y se agitan delante de su rostro, dándole aspecto de tétrico personaje de leyenda. Un resplandor lo baña y lo acaricia, una oscilación lo deja en la sombra, una llama lo saca de las tinieblas y destaca su busto sobre el muro.

Él mira fascinado el juego que le aturde y le embriaga.

Las horas transcurren perezosas con largas pausas de silencio, donde gravita la honda pesadumbre de la muerte.

Al cabo, la claridad penetra azul y temerosa por las rendijas de las puertas; los camareros em-

piezan á ponerse en movimiento, y Salamandra arrastra los piés sobre el suelo, y se dispone á buscar la blandura del lecho, como esos pájaros de la noche que huyen á sus nidos á la primera señal de oro del sol.

Las calles están desiertas y débilmente iluminadas; en los montones de basura hunden los perros el hocico, husmeando los alimentos y desperdicios; los barrenderos pónense en la punta de una calle, y mueven, soñolientos aún, sus escobones; las traperas salen con su zurrón mugriento, dirigiendo tenazmente la vista hácia el suelo; los mendigos roncan en su colchón de piedra, situado en los quicios de las puertas, y se acurrucan en su manta de nudos y de andrajos; truenan las mangas de riego al trazar en los aires los blancos arcos de agua, y todo se despereza y torna á la vida, mientras Salamandra hace resonar sus pasos en las losas y se dirige en busca de las dulces y necesarias horas del sueño.

A tiempo de que, caidos los párpados por el cansancio y poseido de fria excitación nerviosa, se desliza entre las finas sábanas del lecho, la capital resuena con el estrépito de sus trescientas mil cerraduras y su ronco coro de interminables toses, y el sol, que hace su entrada triunfal en los cielos, la alumbra con las luces de la mañana y la hace resplandecer con sus altas torres y sus cúpulas de fuego.

LA PAREJA DE MARIPOSAS

La pareja de mariposas

Por entre las nacientes ramas de los árboles con que la naturaleza hizo su señal de primavera, y sobre el tapiz oloroso que á manera de tela extraña cubre la infinita extensión de los campos, avanzan y se acercan, trazando cien direcciones por minuto, como á modo de dos manchas de color, como dos vivas cristalizaciones de piedras preciosas, como dos recortes de acuarela llenos de finísimos tonos, que agitándose y persiguiéndose, ya colocados á guisa de original yunta aérea, ya huyendo uno tras otro y deslizándose como por un mismo hilo, ya tapándose y cayendo casi al suelo faltos de ley de gravedad, luchan con insistencia, cual si trataran de arrebatarse algun objeto, y prenden con fuerza inusitada los ojos, que, embelesados en el juego,

siguen á los ilógicos y les acompañan en su giro errante y acelerado.

El suelo es un brillantísimo muestrario de colores del iris, combinados hasta lo infinito. *Unas veces mancha la tierra una blanca constelación* de margaritas con puntos amarillos en los centros; otras, una larga banda de *botones de oro*, con el cáliz en forma de diminuta copa é *inundado de color de pluma de canario vivo* y enérgico como cuando sale del tubo á la paleta; allá luce un bache de anaranjadas *espuelas* de tintas, que aconsonantan con las llamas é imitan el rápido arder de los rastrojos; aquí surge de un modo mágico á los ojos un madrigal de violetas; más allá miran con cara maliciosa los pensamientos, unidos y compactos como soldados en ejercicio; por este lado, borlas de jaramago, del color de onzas antiguas; por aquél, campanillas azules con leves estrías moradas en el fondo.

Del suelo todo se escapa un olor penetrante que el aire lleva en todas direcciones, mezclado con caricias invisibles y gérmenes de misteriosa dilatación, que al azar caen en las flores, y son *absorbidos con imperceptibles vibraciones de* placer.

Las arboledas se hablan con pausadas resonancias y palabras dichas por las hojas, que se agitan *y mueven como labios.*

La palmera asoma su moño verde en la distan-

cia y arquea sus ramas, como las alas la paloma al sentir el lejano arrullo de otra compañera; el *pino se yergue sañudo, con terrible aspecto de* celos, y mira al pino clavado en el horizonte; las rosas júntanse como bocas encendidas en los rosales y cambian fragancias y perfumes; la naturaleza entera rebosa vida y poderío, y el sol despierta anhelos é insectos en la tierra, y ata con hilos de luz á las parejas de pájaros, de los cuales ni uno solo vaga sin amante por las florestas.

La gente que bulle en los campos y goza de la estación primaveral deja ir las miradas á las distancias, ó se fija en la exuberancia de la naturaleza, que despierta y abre al deseo los sentidos.

En la ciudad también se percibe el hálito cargado *de esencias de la tierra*, y *los cerebros* sueñan, movidos por la nueva sangre, con amantes imaginarios y cuadros llenos de ramas y de flores.

Las mariposas, despues de haber descansado sobre el brote de un arbusto, que á manera de hombre mozo la echa de *apuesto* y se *adorna con* todas las galas del follaje, emprenden de nuevo la carrera y tornan con ardiente tenacidad á perseguirse, cuál si quisieran condensarse en un insecto solo.

Burlándose de la geometría y ampliándola con invención de ángulos aún no fijados sobre el papel, se deslizan por un ambiente saturado por las flores, las cuales, además de aromas para el

aire, tienen halagos para el olfato, color para los ojos, miel para las abejas, cama para los insectos, tarea y primoroso ejercicio para la luz y encanto irresistible para el pecho de la mujer hermosa, cuando, señalado por incitador escote, las mece con turbulenta agitación, como sostenidas en medio de un nido de palomas.

Una de las mariposas persigue incesantemente á la otra, que ansiando también el encuentro, pero evitándolo para prolongar la carrera, escabúllese trazando impensado semicírculo cada vez que le acosa su contraria; á veces corren juntas un trecho por los aires; otras se remontan bruscamente á los cielos, ó caen como revueltas sobre la tierra; tan pronto va el macho, en su carrera, mordiendo en apariencia las alas á la mariposa, como gravita sobre ella un instante, sin poder adaptarse á su figura.

Una y otra, atolondradas, giran entre las blancas flores de los almendros y rozan sus hojas delicadas; pasan por los tremendos pinos como dos recortes de luz que se deslizan por lo obscuro del follaje; trazan una rapidísima corona á los rosales, erizados de hojas y capullos; pasan sobre el lago, reflejándose como estrellas en el fondo y fingiendo una viva riña en el aire y otra bajo el agua; trasponen las tapias de los jardines; escapan, dispersas, de las manotadas de los niños; júntanse de nuevo, y otra vez tornan á querellarse,

hasta que, sin lograr reunirse y temblando de agitación, páranse á descansar sobre dos altos lirios, que, imitando palos del telégrafo, trasmiten las caricias de una á otra mariposa por el hilo irisado de araña que los enlaza.

Mientras reposan de la fatiga, una junta las dos alas en una sola, como el oficiante las manos antes de elevar la sublime hostia; otra, por el contrario, las abre y tiende sobre el lirio, preparando cama de deseo á su amante.

Paradas en los postes del extraño telégrafo, miran pasar con vuelo accidentado otras mariposas, que asimismo se adoran y persiguen. Unas son blancas con leves visos amarillos; otras grandes y oscuras, con las alas sembradas de colores; otras de cuerpo abultado y traje escasísimo, que conducen agradables noticias; las unas muestran *cuerpo de ébano y alas de oro; las otras lucen* vuelos de intenso color de llama y pasan titilando como fuegos fátuos del dia.

A la vez que contemplan el desfile de los demás insectos, miran también atravesar por las arboledas los séres humanos, enlazadas las manos y las almas, oyendo en éxtasis el preludio con que la tierra anuncia la fiesta abrasada del estío.

Las mariposas empiezan á agitarse de nuevo sobre los lirios para lanzarse otra vez á la carrera.

El macho, viendo rastrear abiertas las deseosas

alas de la mariposa, junta las suyas sutiles, colocándose de frente para llamar menos la atención de la hembra; llega en seguida, paso tras paso, al borde del lirio, é intentando por el ardid lo que no consiguió por el manejo de las alas, lánzase de pronto al aire buscando el otro palo del telégrafo, se desliza sin delatar lo leve de su cuerpo, y á tiempo que parece temblar toda la tierra de placer, pega sus dos alas á las de la mariposa, junta su cuerpo con su cuerpo, la calca como un dibujo de colores, y hechas ambas un solo y apasionado insecto, caen en lánguido desmayo sobre el césped, trocado en lecho nupcial vestido por la luz...

LA PULGA

La pulga

—Viviente invisible de la noche, átomo con vida, punto con movimiento, molécula que salta y trepa los escalones del pespunte como si gimnasta reducidísimo fueses, vampiro microscópico, que alborozado chupas la sangre humana, pues á despertarme vienes de mi sueño, el cual reparaba los dolores de palos recibidos, y te huelgas y ries de mí, dándome carrerillas de hombro á hombro, y te paras de pronto, y otra vez vuelves á lo andado, y de nuevo vas á clavar la punta allí donde antes la clavaras, acepto y recojo el desafío á que me llamas, y pronto te verás caer en mi mano, no teniéndote yo entonces piedad ni compasión, sino antes bien, me gozaré en tu agonía aplicándote todos los tormentos imaginables; que á fé digo no está hecha la espada, flecha, lanza ó pico de pulga, que á carnes de Don Quijote se atreva, y sa-

bidas son mis hazañas por historias, romances y libros de caballería.

Así dice el de la triste figura tendido en su lecho de la posada, dando dos manotadas al aire para arrojar lejos de sí las cáscaras del lecho.

Hace luego espaciosamente la luz en la piquera de un candil, y el enderezador de entuertos queda metido en la porción de rayos luminosos con todos los ángulos y cruces de tendones y huesos de su cuerpo, á la sazón sostenedor de las fieras magulladuras de una paliza, como la panoplia del haz de relampagueantes espadas.

Pero no quita lo vapuleado á lo valiente, ni amengua la derrota al acometer de nuevas empresas; así, poniéndose de un salto en cuclillas, con acompañamiento de una repentina mecida de candil, encárase con las almohadas del lecho, y sosteniendo el cuerpo sobre las puntas de los piés, las asentaderas sobre los tobillos y la mirada destilando rabia y enojo, dice, repasando ribetes y costuras para ver de sorprender á la prófuga:

—Non fuyades, cobarde, que si fueras dragón, ó mónstruo terrible, lo mismo que si fueras ánima diabólica trocada en átomo viviente, del mismo modo y con igual entereza aceptaria tu reto de combate y te despedazaria entre mis manos sin llamar en mi auxilio otro refuerzo que el heroismo; que no seria de caballeros alborotar á tales horas la posada y hacer venir gente armada

para acometer á una pulga, aunque sea dragón disfrazado, ni es esta hazaña que encajaria en el cuadro de mis grandes y decantadas empresas.

Pero mírala cómo solapadamente corre por la escalera de ese pespunte, cual si hubiera de conducirle á salvación; pero tate, que empuño la espada puesta á mi cabecera, desenvaino de pronto el acero y le arrojo una fiera estocada; así lo hago al punto; á la una... á las dos... á las tres... muerta debe de estar. Mas ¿no destila sangre el acero?... ¿qué es eso?... ¡oh siete que ha ido á condecorar la sábana! Allá va de nuevo el átomo diabólico... enristro otra vez la espada... ¡zás!... ¡tampoco!»

Y Don Quijote, lanzada tras lanzada y salto tras salto, va y viene á modo de rana sobre el lecho, dando á veces el candil que de su mano cuelga en un descompuesto mechón de cabellos, que crujen en medio de la llama, llenando de esencia olorosa la habitación.

La pulga, en tanto, se regodea y deshace dando saltos y cabriolas con cómica desfachatez, y tan pronto atraviesa como microscópica visión bajo el encaje, no muy sutil, de la almohada, como hace una brillante dislocación cerca de las narices del héroe, ó va moviéndose con ligerísimo repiqueteo de patas sobre lo blanco del tejido, segura de su agilidad y riéndose de todas las espadas, actos de fuerza y libros de caballería.

Tal aspecto presenta la figura del desvelado caballero entre la luz borrosa que convierte en vivos paisajes de tinta las paredes, que Don Quijote parece el símbolo extraño de la demencia empeñada en conseguir lo imposible.

Sus piernas, cuajadas totalmente de nudos, baches y tropezones, que algo tienen del aire de cordel viejo de campana, más semejan dos sierras erizadas de dientes y púas que partes del noble cuerpo humano; las rodillas son dos enormes bolas ó tropiezos, donde se ve sin obstáculo alguno el abrirse y cerrarse de los goznes del hueso; el pecho, que por razón de la hendidura de la camisa se le descubre con gran parte de su cuerpo, mejor parece empalme de fragmentos de aspa que espiritual recinto de sentimientos, y la cara cualquiera la tomara por molde ó armazón para semblante, que no por la parte más bella y acabada de la humana figura.

Otra parte hay de su cuerpo, que seria pescuezo si antes no se supiera que es un haz de tirantes y apergaminados cordeles, entre los cuales se veria, asimismo, el rodar de la sopa del libertador de doncellas, si es que éste viniera á ocuparse de tales pormenores, como hacen otros que andan por el mundo sin ser caballeros andantes. Quiero decir con todo esto, que Don Quijote, por conseguir de modo improcedente lo que estaba llamado á realizarse bajo otra forma, menudeaba en

sus lanzadas, ofreciendo un irrisorio espectáculo á los mosquitos, que, burlándose de su torpeza, dábanle insoportable cencerrada de trompetillas.

Tal vino á encolerizarse el huésped de la venta, que ya movia la espada contra la pulga como por movimiento adquirido, y la trapisonda y la zarabanda que armó dentro de su cuarto fueron causa suficiente á que por fin se despertase la Maritornes, ésta pusiera en movimiento con sus exclamaciones de sorpresa á sus amos, los amos hicieran llamar la atención con sus voces á Rocinante, y el *bridón* diera parte del escándalo al rucio, que haciendo de su voz campana de presidente, desparramó un soberano rebuzno por la casa, que además de dispertar á Sancho—último en volver á la vida—y hacerle correr al lado de Don Quijote, puso en tremenda dislocación el gallinero, donde los *comentarios* y los quiquiriquíes acabaron por no dejar á una sola araña sin enterarla del suceso.

—No vengais en mi auxilio—decia Don Quijote apercibido del alboroto;—yo solo me basto para combatir este enorme dragón metido en el cuerpo de una pulga, que si de él saliera, lo veríais convertírse en elefante; mia ha de ser la gloria de la empresa, y este nuevo triunfo acaso vaya á ablandar el corazón de mi ingrata cuanto bella Dulcinea.

Pero puesta la posada en movimiento, agolpó-

se la gente á la puerta del cuarto de Don Quijote, un tanto ruborizada la mujer del posadero, y allí fué ella, que empezaron á sostener al esforzado caballero y á querer convencerle con palabras y con ideas, que así venian á agarrar en su cerebro como bola de goma llena de viento en la piedra.

Entrando Sancho en la habitación, logró al fin acallar el escándalo ocasionado por la pulga, y con espasmos de asombro por parte de Don Quijote y risa de las personas presentes, averiguó dónde se hallaba el dragón de que hablaba su amo; hizo á éste alumbrar uno de los repliegues de la almohada; *plantó* la yema del dedo índice sobre la pulga, retorcióla luego entre los dedos, y echándose el estrujado átomo en la ancha uña del pulgar, dejóle caer encima la semejante de la otra mano, y dijo, cuando se hubo producido la característica señal de su exterminio:

—¡Vencido está el espantoso dragón, mi amo!

LOS MURCIÉLAGOS

Los murciélagos

«Estudiante que estudias
filosofía,
dime, ¿cuál es el ave
que pare y cria?»

Así dice doña Emerenciana á su nieto, aplicado estudiante de filosofía, que viene de la ciudad á pasar una corta temporada en el campo, sentados ambos al caer la tarde en la portada de la pintoresca casa de la huerta.

Y hace esta pregunta la vieja al ensimismado mozo, porque los *pelita-alcuzas*, como llaman los muchachos á los murciélagos, no cesan de trazar sobre ellos y en derredor de la casa esos círculos desiguales que los extraños mamíferos tejen y destejen allí donde principalmente se

descubren grandes estanques ó sitios destinados á huerta.

Medio sacado de su abstracción por la humorada de la vieja, Rafael, que durante largo rato hizo pasar por su memoria todas las agradables escenas de su niñez, alza los ojos del suelo y deja ir la mirada por el extenso plano del valle, donde tantos incidentes vienen á recordarle pasadas venturas de su vida.

Allí está todo, un tanto derruido por el tiempo, ocupando el mismo punto que ocupaba cuando él hacía despertar con su voz los ecos dormidos en las peñas, y formaba con otros muchachos los juegos del anochecer, que tan grabados quedan para siempre en el alma.

En el borde de la alberca, ahora agrandada y cubierta por lujuriosa parra, donde los tábanos lanzan su último zumbido antes de recogerse en su panal de barro, pasaba en extática contemplación horas y horas con los ojos en el fondo del espejo y los oidos recibiendo los ecos del chorro de agua que parecian hablarle de cosas proféticas y futuras.

Una tarde corria por las tablas de la huerta persiguiendo á los fugitivos murciélagos, que se complacian en girar en derredor de su figura de niño; de carrera en carrera, llegó al borde del estanque, que entonces reflejaba en su fondo la luna, triste y apenada como la hora del crepúsculo.

Una muchacha de un lagar vecino corria tras él persiguiendo también á las extrañas aves para tirar una á tierra y verla á su sabor, cogiéndola con una verde hoja entre las manos. En los caprichosos juegos que describian, siempre echando el niño por alto su sombrero para interrumpir el vuelo de los pájaros, hizo la mala suerte que al tirar Rafael una de las veces su caperuza, fuese á parar, no ya en las tablas de la huerta ó en las ramas de los rosales, por entonces cubiertos de flores, sino en el mismo cristal del estanque, donde por extraña casualidad fué á ocultar y como á poner sombrero á la luna.

¡Oh momento de angustia para los dos muchachos, que hasta aquel instante no cayeron en lo tarde que era para juegos, y en que ya, tocando á la hora de la cena, las esquilas sonaban á la puerta de la casa acompañadas de las voces de mando de los zagales!

¿Cómo sacar del estanque el sombrero, cuando apenas se descubria ya como punto negro en medio de los temblorosos círculos del agua?

La niña se abrazó por primera vez al muchacho, muda de emoción, y sacó el corazón suplicante á los ojos.

—No te asustes, Marujilla—contestó el rapaz, que, como varón, delataba instintivamente ser el que habia de proteger al débil.

Seguidamente fuése á una orilla de la huerta,

tronchó como pudo una larga caña, en cuya punta lucia el penacho de que los zagales hacen sus flautas, y volviendo con ella al punto de partida, se aproximó de nuevo al estanque y la hundió mañosamente en el líquido, creyéndola entonces rota la niña, por el fenómeno físico que pareció dividirla en dos mitades.

Era corta para llegar al sitio donde se descubria el sombrero; no obstante, Rafael echóse sobre el brocal de la alberca, estiró el brazo armado del fragmento vegetal, y tocando el ala del sombrero, se dispuso á hacer el último esfuerzo para alcanzarlo.

Tendióse más aún con creciente interés sobre el ancho brocal; alargó el pequeño brazo cuanto pudo, y cuando ya tenia sujeta la caperuza, ¡oh inesperado suceso! el muchacho rodó, mudo de espanto, á la alberca, zambulléndose en las ovas tendidas en el agua.

Una porción de ranas, que reposaban en las grietas y covachas de las paredes, echáronse de cabeza en el líquido, yendo á perderse en el cieno; la niña lanzó un angustiado grito y corrió á asomarse al borde de la alberca.

Mermada por el calor, contenia ésta escaso líquido; así, pasado el primer momento de confusión, el muchacho quedó con el agua á la cintura y dijo apresuradamente á la niña:

—No grites, Marujilla, que nos oirán en la casa.

¿Ves? no es nada; ya está aquí el sombrero. Ahora dame una mano para subir.

¡Una mano! La de Maruja, con el puño cerrado, abultaba lo que un capullo de rosa, ¡y á aquella *aldabaza* queria agarrarse el muchacho para salir!

Como pudieron, trabajando uno y otro, subió el niño el muro de la alberca; una vez á salvo empezó á temblar, mucho más de miedo que de frio.

—¿Tienes frio, Rafaelín?—decia epiléptica de emoción la niña.—Déjate cubrir con mi vestido, ven.

Y la muchacha, al cabo mujer, agotaba su ternura en consolar y fortalecer á su compañero. Cogíale las manos en las suyas, y despues de enjugárselas, calentábalas en su vaho para hacerlas entrar en calor.

El desenlace del suceso solo fué relativamente favorable al presentarse el muchacho á la puerta de la casa; pero en el corazón de Rafael quedó grabada para siempre la imágen de la niña con su aureola de candor y de bondad.

Cuando la primavera de la vida llegó á abrir con suave calor las flores cerradas de sus almas, y las pasiones salieron de ellas como abejas de los cálices, él, que entonces empezaba á imponerse en la adusta filosofía, contó una tarde á la muchacha, en el mismo lugar, la escena del baño del

estanque ocurrida en la niñez, y el amor selló el vínculo amistoso surgido al perseguir la ronda fugitiva de los murciélagos.

Rafael partió satisfecho á la capital á cursar el segundo de filosofía: cuando inclinaba la cabeza sobre los libros, siempre veia, por raro capricho del cerebro, la luna que pasaba silenciosa por el fondo del agua del estanque y una mujer, que, sentada en el brocal, aguardaba muda y ensimismada su venida.

Y volvió Rafael; pero ¡oh desencanto para su alma! ya no existia la mujer que él llevaba grabada en su corazón.

Por eso, ahora que mira al lado de la abuela la ronda fantástica de los murciélagos, su cabeza se llena de tristes recuerdos y esparce la mirada por la extensa huerta, donde parece flotar en girones de niebla su imágen adorada perdida para siempre.

—Estudiante que estudias
filosofía,
dime, ¿cuál es el ave
que pare y cria?

pregunta nuevamente la abuela viendo que el mozo no habia prestado oido á sus palabras.

—Demasiado que lo sé, abuela—responde disimulando su pena el estudiante.

—Y si lo sabes, ¿no es cierto que parece que esas aves extrañas se burlan de nuestros ojos

cuando tratamos de seguir con la vista su vuelo accidentado?

—No, abuela; cuando giran en todas direcciones mirando á la tierra y fijándose en todos los sitios, parece como que buscan algo querido que en el mundo hemos perdido para siempre.

ESCENA AL SOL

Escena al sol

En un rincón, formado por el muro saliente de una casa vecina y la fachada de la suya propia, está el Sr. Pedro puesto á la recacha, recibiendo sobre su cuerpo los rayos del sol. Como vino el invierno acompañado de tales frios, el señor Pedro no despega la pañosa de su cuerpo, que si bien durante el verano durmió replegada *en el fondo del arca entre granos de pimienta*, al decir el invierno «allá voy» tuvo que salir de su escondite y colgarse á hombros de su dueño, enseñando al trasluz, á cada movimiento, su vistoso calado de picaduras.

Pero capa te dé Dios, que más vale llevarla con remiendos que carecer de ella, ó que decir aquello de «aunque es tuerta, no es nuestra».

Ello es que el Sr. Pedro se la pone apenas amanece, y luego que dá el sol sobre el empe-

drado de su casa, arrastra una silla con la una mano, mientras en la otra lleva el quinto cuaderno de Avendaño; coloca los palos del asiento entre las escabrosidades de las piedras, acompañándose de movimientos de silla, retrepamiento de cuerpo, y sentarse y volverse á levantar, y coge, por último, de un puñado las vueltas de la capa, que tercia sobre los muslos, tomando definitivamente asiento.

Se sienta, y en seguida pónese también el libro sobre el muslo, mientras saca de un estuche de madera las negras antiparras, que se afianza con los alambres á las orejas, llenas de recios pelos en los agujeros; tráese adelante el sombrero, á modo de pantalla, que reserve sus ojos de los rayos del sol, y en este punto vuelve á coger el libro, que mientras ahueca repetidamente los brazos para que quede bajo el manto espacio bastante á sus movimientos, ábrelo por el punto y sitio donde dice: *De la cámara oscura y del ojo.*

A causa del contínuo apretamiento de la yema del dedo, el libro muestra por la unión de las planas, en la parte de abajo, un poco de amarillenta suciedad, y está todo lleno, en las márgenes, de garrapatos y muñecos, ilustraciones que los pícaros nietos del Sr. Pedro se sirvieron ponerle en señal de aplicación.

Ello es que dispuesto á leer el abuelo, no bien

ha empezado por aquello de «hace algunos años que abandoné mi querida patria», cuando de improviso aparece en la esquina, tocando á la cual él se halla, el más notable y acabado ejemplar de toscos campesinos, cuyo sugeto, despues de saludar al Sr. Pedro con un tardío y rústico *¿Se toma la recacha?* enlázase las manos atrás, y sin más invitación se echa de espaldas en el filo de la esquina, como si tratara de sujetarla.

Al saludo del recien llegado alza el Sr. Pedro la vista, y mirándole por cima de las antiparras, á través de un vallado de cejas, responde en el mismo pausado tono:

—¡Hola, Bernabé! ¿Qué mal te quiere que por aquí te envia?

—Na en talmente me conturba ni me escaece —añadió el aludido,—sino que reviné y dije: El Sr. Pedro estará sentao á la recacha, conque vamos allá, que en llegando diré *aquí estoy porque he venío*, y no se me negará mi rayico e sol...

Y hecho un tarugo, Bernabé pónese más encarnado que la brasa, al mismo tiempo que se rasca la espalda con un pico saliente de la esquina.

—¿Conque es decir—repuso el Sr. Pedro—que vienes á tomar el sol? Pues entonces saca una silla, que no me he de levantar yo á dártela, y colócate por ahí onde puedas: asin como asine, el

dia está como unas candelas, y ná más natural que un mozo como tú se esentumezca en llegando el domingo, y quiá disfrutar de lo que Dios ha jecho pa tó el mundo.

—No es en del tó eso, Sr. Pedro, sino que uno, vamos, tiene ojos en la cara, y con el ir y venir se rompe el apargate; además, si hoy no te veo, mañana pué que sí, y tamién el otro güerbo á verte, y no son de bronce los corazones, sino que uno también tiene su arma en su armario, y aunque un año pase sin haberle dicho á una moza por ahí te pudras, dia llega en que la mesma lengua quié jablar y no pué.

—Como no pongas más en claro tu solfa, me page á mí que no te entiendo, Bernabé, ó lo que es lo mesmo, que no sé al auto de qué platicas.

—Pos la cosa es mu clara; como estimo, aunque mala comparanza, á la hija del tio Liebre, vamos, que con una mesiva puesta por osté en er papel, la cosa no estaria mal pensá.

—¡Ah, vamos! Te enamoriscates de Ramona, y como no te atreves, quies que yo... no, y la chica lo merece.

—Vaya si lo merece; como que lo mesmi es pa un barrio que pa un fregao, sin contar con la recua que tié su padre.

—*Según eso, también pusiste tus miras en el* aquel de los caudales...

—¡Pus qué se ha de jacer! uno es probe, neje-

cita un arrimo, y si á esto se juntan los quereres, la cosa está que ni pentipará.

—No está mal pensao; pero miatú que si el querer no dura, y si se acaba...

—¡Otra! qué sa cabar, si siento unos retortijones aquí entro, y me se ponen unas telas en los ojos...

—*En fin, á quien Dios se la dió, San Pedro se* la bendiga: ná tengo que ver en eso, pero como vienes á piirme una carta, pregunto pa no jerrar y saber qué es lo que he de poner.

—¡Justo mesmo! eso es ponerse en medio é metá de la razón. Conque si osté quiere...

—Sí; píele á Candelaria la pruma y el tintero, y *traite también un priego rayao con un sobre, por*que la quedras con sobre y tó, ¿no ejeso?

—Pojupuesto.

Y á poco rato Bernabé saca recado de escribir y se sienta en el suelo al lado del Sr. Pedro.

Este cierra el libro, que pone sobre sus rodillas á modo de carpeta; destornilla el tintero de asta, *de forma de cucurucho*, haciéndolo sostener en la mano al mozo; tiende el pliego sobre el libro, y *escribe en la primera línea:*

«Mi querida Raona:»

—¿Qué tespaece el principio?

—Que ni pentao, Sr. Pedro; ¡lo que es saber de letra!

«Mi querida Raona—vuelve á decir el abuelo.

—Sabrás como me tienes en una enserteumbre mu grande con esos los tus ojos resamdungueros, y viá ecirte locay. En primer lugar, yo te amo; en segundo lugar, no quió que esto siga asine, porque aunque me esté mal el decirlo, tu eres una buena preporción pa estos los tus peazos que se rejierven de gusto cuando te ven. Mándame á decir si tu me quieres lo mesmi, porque no quise ecirte na el otro dia cuando ibas camino de la juente. Rimpeto de tu padre, él nejecita un hombre pa la recua, asinés que yo me concetuo auto pa el caso, pues lo mesmi sé dale seis puntás á una carona, que plantarle dos tercios á un borrico. Dícelo á tu padre, que pué ser que le convenga. Rimpeto á mí mándame la rimpuesta y recibe el corazón de tu feturo,

BERNABÉ.»

—¿Qué tal?—preguntó el Sr. Pedro, despues de haber leido la carta.

—No la ví más al caso, Sr. Pedro; eso es darle á la pruma, y lo emás es cosa nenguna. Conque...

Y volvió á apoyarse un momento contra la esquina, metiéndose la carta en el pecho y dispuesto á marcharse.

—De manera, que tó aquello de tomar el sol... —dijo riendo el abuelo.

—Jué pa ime entrometiendo peco á peco, osté perdonará...

—No hay de qué.

Y mientras salió Bernabé disparado la calle arriba, dispuesto á echarle á Ramona la carta por el corral, el viejo volvió á tomar el cuaderno, acomodándose en el asiento, y bien fuese casualidad, bien que el Sr. Pedro no sabia leer más que en la misma página, el libro volvió á abrirse, *sin tocarlo*, por aquella parte en que dice: *De la cámara oscura y del ojo.*

EL EXORCISMO

El exorcismo

Con el miedo pintado en los rostros y dándose con los talones en las asentaderas, cruza corriendo por una de las calles del pueblo una bandada de chiquillos que van en dirección de la iglesia, *con objeto de decirle al cura que en la casa de* Mari-Rosa hay una mujer que tiene los demonios en el cuerpo.

Despues de haber dicho misa, y todavía guardando en los cajones de la sacristía la casulla y el alba, D. Melitón recibe la noticia con evidentes muestras de consternación, pues una persona dentro de la cual se parapeta el diablo es cosa harto temida en los pueblos de escaso vecindario, y solo observada desde lejos por la gente, que entre temor y curiosidad, ni desecha por completo la aprensión, ni se acerca lo bastante para bien persuadirse de lo que le trae á vueltas el magin.

Sin vacilar un solo momento, D. Melitón métese por la cabeza la sotana, que baja á lo largo de su enjuto cuerpo; plántase encima la inmaculada sobrepelliz, liándose las rizadas mangas á los brazos; échase al cuello la estola, y cosiéndose al lado el monaguillo, que asimismo viste sotana y sobrepelliz, pero no igualmente la estola, salen los dos á grandes zancadas de la iglesia, el padre con el bonete de cuatro puntas sobre la cabeza y los ojos estallando en las órbitas, y el *rapavelas* con el cesto metálico, medio de agua bendita, y el hisopo hundido dentro de ella, el cual, á medida que bebe con sus agujeros el agua, manda á la superficie las burbujas que salen de su seno.

Las calles por donde pasan uno y otro se alborotan como corral donde entra la zorra; las mujeres salen á las puertas, con mucho de juntar las manos en actitud dolorosa y lanzar exclamaciones, yendo las más de ellas á engrosar la escolta de chiquillos, pues prometen buenos comentarios las muecas y contorsiones de la vieja, y no es cosa, además, que se presenta todos los dias, para quedarse impasibles ante el desfile de cura y monaguillo.

En la casa de Mari-Rosa la consternación es general, y no hay una sola persona que se atreva á acercarse á la endiablada. Esta es una especie de bruja monstruosa, parecida á un confuso montón de ángulos, que recuerda las figuras trágicas

y terribles que los pintores suelen colocar en el negro fondo de sus lienzos.

Su cabeza hállase cubierta por un intento de cabellera, que llégale apenas al cuello y le dá carácter imponente de furia. Su frente muestra una escalinata de arrugas, sobre la que se extiende una repugnante piel tostada, llena de pecas asquerosamente grandes. Los ojos parecen despedir dos chorros de luz eléctrica que envuelven y fascinan al que los mira. Las manos de la vieja cuelgan resecas de los brazos, como haces de largos sarmientos, y su cuerpo es más bien un manojo de cuerdas nerviosas que la forma de humana figura.

Esta momia viviente, parecida en todo á la espantosa vieja que en cada pueblo goza de fama de sér extraño, se zarandea y lanza resoplidos de angustia echada en un rincón de la casa, sin que nadie vaya en su auxilio, tomando los que la apostrofan y maldicen su incurable epilepsia por el demonio que brinca y hace volatines dentro de su cuerpo.

A cada estiramiento de pata de la mujer y á cada temblor de su persona, las gentes, colocadas en los dinteles de las puertas, cierran rápidamente las dos hojas, temiendo ser acometidas por la bruja, que una vez que ha derribado alcuzas y almireces, dando furiosas manotadas, se revuelve jadeante entre un montón de objetos y hace sonar cacillos y sartenes.

Como se estaba en pleno jolgorio cuando la mujer fué repentinamente atacada de su mal, el aspecto de la casa y el de la gente más parece traído á la celebración del exorcismo de la vieja que no á sentir una desgracia, como desgracia y no otra cosa es la que embarga totalmente á la endiablada.

Los mantones se hallan caidos por el suelo, los instrumentos de la fiesta yacen revueltos en un lado, y las copas, medio llenas de aguardiente, duermen arremolinadas en la bandeja, imitando en sus actitudes á la mujer.

Algun chicuelo atrevido, de los que en la puerta aguardaban la venida del cura, alarga la gaita dentro de la cocina; pero al ver á la bruja arrancarse furiosamente los cabellos, retrocede asustado y empieza á contar á sus compañeros lo que la vieja hace con los ojos, cuál es la rapidez de las coces que dispara y cuál el rechinamiento de dientes, que, no pudiendo coger á nadie para destrozarlo, levanta de las casi desnudas encías para saciar su furia, moviendo desaforadamente las mandíbulas.

Cuando se halla el muchacho entretenido en uno de estos relatos llega el asendereado Don Melitón, soltando gotas de sudor como puños, y se arma de todas las precauciones para en caso de verse venir encima la vieja.

La gente menuda se abre á un lado y otro con

respeto mezclado de curiosidad y habla de heroismo y de valor al *rapavelas*, que á causa del temblor que invade su persona hace temblar tambien el agua de la vasija y levantar filamentos que van á fustigar los muros metálicos.

—Anda, Isidrillo, que para eso eres *sacristan* —le dice uno, tocando con un dedo el hisopo.

—Sí, que bien te relames con el vino de la sacristía—añade otro, levantando un falso testimonio al muchacho.

—¡Anda, valiente!—exclama un tercero, y se rie de su azoramiento y confusión.

El cura pronuncia no sé qué latinajos con grande priesa, á propósito de los diablos que se entran en el cuerpo; coge el hisopo de la vasija para trazar cruces con el agua, y en el momento de alzar el brazo, la vieja deja escapar tan espantoso resoplido unido á tal rechinamiento de dientes, que el atemorizado rapavelas, los otros chiquillos que le acompañan, las mujeres que llegaron en seguimiento del cura y hasta el mismo Don Melitón, déjanse de un salto atrás doce metros de espacio, y la confusión y las carreras amenazan no tener fin, menos aún cuando, traida la vieja por la convulsión á la puerta de la calle, dejó ver lo blanco de los ojos y los mechones de pelos arrancados de las sienes, con cuya aparición el cura volvíase en su carrera para dar hisopazos al aire, y el acompañamiento huía

á la desbandada ó gateaba por los troncos de los árboles, como los chiquillos, que pronto corrieron, semejantes á tribu de monos, por las ramas.

Las personas contenidas en la casa, al ver que la bruja se acercaba dando saltos á la puerta, salieron atropelladamente de las habitaciones dando gritos desaforados y buscaron la puerta de escape del corral, sin poder articular una frase por el castañeteo de dientes que el miedo producia al hacerlos chocar unos con otros.

Los perros de la villa parecian llevar atados cohetes en el rabo, según corrian dando ladridos furiosos, y la comarca entera se puso en movimiento, temerosa de ver venir corriendo á la bruja.

Esta, desamparada de todo auxilio, midió, rodando, el empedrado de la portada; poseida de lo más fuerte del ataque, dábase puñadas furiosas y hacia correr la sangre por su rostro.

Desgarrados y sucios los vestidos, el cabello sirviendo de colchón á su cuerpo, las uñas sacadas de su sitio y los ojos opuestos uno á otro, como mirando algo terrible en el espacio, la mujer espantaba á las mismas piedras y ponia honda *compasión en el alma.*

Allá lejos perseguíase la gente en carrera insensata, buscando á álguien de valor que acometiese la empresa de dar muerte á la bruja en el instante.

Al cabo hallóse un hombre que se ofrecia á ir solo á la casa y allí descerrajar de un balazo la cabeza de la mujer.

Era un monstruoso campesino con hombros como cerros, que en más de una ocasión habia mostrado la terrible fiereza de su alma.

Subió con paso sereno, llevando sobre la espalda los millares de miradas de la gente del pueblo, que desde lejos empezó á seguir sus evoluciones.

El formidable campesino llegó paso á paso hasta cerca de la casa; tomó allí algunas precauciones de defensa; inclinó solapadamente el cuerpo como quien va á cazar una alimaña, y cuando á alguna distancia aseguró bien la puntería y amartilló el arma de fuego, el dedo criminal hizo su oficio, y la bala, vibrando antes que la detonación, fué á dar en la cabeza de la bruja, que, destrozada y hecha mil pedazos, voló, como granada que se rompe, por los aires.

El tronco de la mujer se agitó entonces con horribles convulsiones, y poseído aún de fuerzas y de vida, ejecutó sobre el empedrado una espantosa danza de rabos de reptiles.

LA VENTA DEL PESCADO

La venta del pescado

Villasucia está colocada sobre una loma, á una legua del mar, y la ciñe á manera de un anillo de montañas, que, roto por uno de sus lados, deja ver la llanura de las olas á los habitantes del pueblo.

Los cincuenta vecinos de que se compone gozan de una paz octaviana, y apenas si recuerda el más viejo de ellos alguna ocasión en que las pasiones políticas ó los trastornos sociales llevaran hasta aquel punto algún eco del tumulto, que ni siquiera oían desde lejos, como la rompiente de las olas en las playas vecinas.

En este pueblo, en fin, compuesto de una ermita, una pequeña plaza y algunas viviendas, se ofrecen á la vista del observador las costumbres más originales.

El vendedor, por ejemplo, que arriba al pueblo

con algún cargamento, ya de fruta, ya de leña, no tiene más que decir al entrar en el lugar y sin alzar mucho la voz «¡leña!», y queda enterado el pueblo de lo que acaba de entrársele por las puertas.

Llega un arriero con algunas bestias cargadas de paja, y con solo gritar en la primera calle «¡paja!», ya sabe el vecindario á lo que atenerse.

Pero de todas las costumbres de este pueblo, ninguna como la venta del pescado, que casi diariamente llega al lugar.

Mientras los vecinos, sin contar con otra cosa para la cena, duermen descuidadamente la siesta, Bolero, que así se llama el pescadero, ya se ha hecho llenar en la playa los dos capachos de una carga de sardinas y boquerones, que acomoda sobre un borriquillo, y dando despues un salto sobre la parte trasera del animal, hace á éste tomar un menudo trote, en tanto que él queda arriba enseñando las piernas hasta las rodillas, donde lleva arrollado el pantalón para resguardarlo de las olas, siguiendo la costumbre de la gente del oficio.

Bolero, sin tener una ceguera tan sublime como la de los dioses, ve, sin embargo, tan poco como ellos; así es que se confía al instinto del rocín, que á sus lomos le conduce con el mismo cariño que si entre los dos hubiera algún dulce parentesco.

El traje del pescadero consiste en una blusa á cuadros, un sombrero de palmas que lo preserva del sol, un pantalón con más boquetes que casa llena de goteras, y una bolsa enroscada á la cintura, todo harto mugriento y pegajoso y cubierto por una armadura de escamas, que es lo que hay que ver cuando el sol la hace relucir.

Siguiendo siempre el mismo trotecillo, deja la playa por la cuesta, la cuesta por el valle, la trocha por el camino, la loma por la montaña, y entre vereda y camino, aparece el pescadero al cabo de tres horas sobre una eminencia, dominadora de toda la comarca, bajo cuya falda, y á distancia de un cuarto de hora, divísase el pueblo con sus vallados de chumberas y su ennegrecido campanario.

A la hora en que el pescador llega á la vista del lugar ya tratan las mujeres, haciéndose pantalla en los ojos con la mano, de indagar si á través de la bruma de la tarde descubren en lo alto de la montaña al que les trae el sustento diario; si marrara esta vez el pescador, estaria perdido el pueblo, no sabiendo qué comer.

Pero no es así, porque bajando por la gran pendiente que va á parar cerca del pueblo, apéase el hombre del borriquejo, y agarrándose al rabo del animal, empiezan uno y otro á descender por las veredas que dentro del mismo camino forman las bestias que diariamente lo atraviesan.

En el vecindario ya están todas las mujeres ojo avizor, esperando oir la lejana voz de «¡boquerones!» con que Bolero anuncia su mercancía.

Los gatos, amigos de suyo al pescado, ya enarcan el hopo sobre los empedrados de las casas, y dan mil vueltas en torno de las mujeres, que mientras regañan al rapaz tendido sobre el suelo, no quitan ojo de la distante carretera, empezando á inquietarse por la tardanza. Cada cabeza de familia echa su vistazo á la montaña pensando en las tareas de la cocina, no acertando con qué han de suplir el pescado, caso de que falte. La impaciencia píntase en todos los semblantes.

Pero hé aquí que de pronto, llenando con violencia los pulmones de aire, y con voz *que más que voz es un lamento*, lanza el pescador el grito de «¡boquerones!» empezando por una nota baja, subiendo progresivamente á modo de *crescendo*, sosteniendo la voz todo lo posible en una nota alta, y empezando á descender entre los trinos de una fermata que no se oye más que en la garganta de los pescadores de Andalucía.

A este grito de guerra estalla en el pueblo la más horrible baraunda de gatos conocida, dando saltos y mallidos Micifuz al lado de Zapaquilda, y revolviéndose en felina mescolanza el negro con el romano, el de piel de pantera con el blanco y el de pelo indefinido con el falto de pelo en fuerza de recibir palos.

El concierto producido es diabólico; si fuera posible encerrarlos á todos dentro de un violín, oiríase la más original composición musical que se hubiera fijado sobre el pentágrama.

A la insurrección gatuna sigue la de mujeres, que cada cual con su plato, ya sujeto debajo del brazo, ya apoyado en la cintura, la emprende pueblo abajo, en dirección al Calvario, llevando tras sí la más pintoresca escolta de muchachos que soñó máscara alguna.

Los más pequeños se cuelgan de los harapos de las madres, no dejándolas ir con libertad, y caminan al trote entre lágrimas y lloriqueos.

Entre paso y regaña llegan al Calvario, donde oportunamente asoma el desdichado Bolero, circundado de la mayor y más imponente nube de moscas imaginable. Cada movimiento suyo deja caer una lluvia de escamas, que parecen rizar la luz durante su caida al suelo; sus pestañas han desaparecido de los bordes de coral de sus ojos; el peso que lleva terciado en la carga, cuya exactitud es harto sospechosa, más bien luce rosario de nudos que cordeles; míranse bollados sus tarros de hoja de lata, y la balanza, retorcida y ladeada, lo mismo puede apuntar hácia la justicia que á la Osa mayor.

Con todo y con eso, agólpanse las mujeres en torno del borrico, no dejándole al descubierto ni las orejas, y alargando cincuenta platos á la vez,

cada cual quiere ser primeramente despachada. Bolero recorre y palpa con la mano los capachos, haciendo por despachar el pescado, y caso se dió en que metiera los dedos por los ojos de algún parroquiano, en vez de meterlos en las vasijas.

Cuando mayor es la confusión ¡cielo santo! percibe el burro en el húmedo suelo cierta oliente reminiscencia, y este es el que saca la cabeza de entre el grupo de mujeres, y con el labio superior vuelto hácia arriba, levantado el rabo con desusada tiesura y lanzando al aire ruidos desacordes, empieza á dar botes á diestro y siniestro, mientras las mujeres chillan recogiéndose el vestido entre las piernas, los chiquillos se asustan, suenan, con las coces, los platos del peso, y es Bolero lastimosamente arrastrado entre las piruetas del rocin.

A cada intento del quijotesco pescador para sujetarlo responde con brinco y coz, lanza estentóreos rebuznos y traquetea el pescado dentro de los capachos.

Pronto conviértese en risa el susto entre las mujeres, y los guiños y puyazos llueven sobre Bolero, que bajo su cota de escamas parece el héroe de un poema burlesco.

Sosegado el tumulto, tornan á irse aproximando las mujeres, y al cabo de media hora ya están todas despachadas, alejándose cada cual entre refunfuños y frases enfadosas contra el pescadero, por no haber echado bien corrida la libra.

Los gatos van haciendo tambien su retirada detrás de sus dueñas respectivas, sin quitar la vista del plato y sin bajar el rabo por nada del mundo.

A todo esto ya han limpiado algunas mujeres el pescado, y entre borbotón de agua y remolino de espuma cuece ya en la barnizada cazuela, ó entona su monótono chirrido en el fondo de la sartén, entre las bailadoras burbujas del aceite.

La sombra y la luz se han ido uniendo para formar el crepúsculo, y los labriegos empiezan á volver de sus faenas.

Pasado un rato nadie transita por las calles del pueblo; el que acertara á pasar por ellas, solo percibiria en alguna que otra casa el *run run* del hervir del puchero puesto á la candela, el quejido de algún sarmiento, que, al ser invadido por la llama, se enrosca y serpentea sobre las áscuas, como una anguila de fuego.

LOS BARQUEROS

Los barqueros

Antes de la hora del alba sale de su caseta de lienzo, enclavada en la costa, Benedicto el de la barca, y tiende la mirada sobre el golfo marino, y la hunde en las profundidades estrelladas, consultando la hora de hacerse á la mar en compañía de su gente.

En la caseta quedan sobre el duro lecho los desarrapados hijos de Benedicto y su honrada mujer; y únicamente salta de la cama, como pájaro del nido, el mayor de los muchachos, que con una gorra sobre la despeinada melena, el calzón de paño arrollado á media pierna, la camisa descolorida y abierta por el pecho y un cintajo que le sujeta el pantalón á la cintura, sale fuera de la casa al mandato del padre, y se emplea á la vez en varias ocupaciones, pisando y hostigando con los piés descalzos la alfombra de arena, de

la cual levanta hueco y sonoro rumor de guijas y de conchas.

Es de ver el simpático aspecto del muchacho, modelo de los charranes de la playa. Aunque ya linda en los catorce y sobre su labio apunta el suave bozo, su cuerpo es algo encanijado y pequeño, sin que denote falta de resistencia: su exterior es á un tiempo el del niño y el del hombre. No sé por qué extraña afinidad diríase que el muchacho se asemeja á un ochavo moruno. Redondo y pequeño su rostro, estrellado de rubias pecas, que le dan cierto aire picaresco, y envueltos los ojos en un chisporroteo de malicia y vivacidad, el muchacho tiene todos los aires canallescos imaginables; si rie, acentúa más su truhanería, medio cerrando los ojos entre un cerco de agrupadas pestañas, que se enfilan como para disparar chispazos de malignidad ó inteligencia.

Ordenando los claros velos de la malla, separando y combinando los remos y formando enormes antiparras de la cuerda del copo, que maneja con magistral desenvoltura, el zagal va y viene en torno de la caseta esperando la llegada de los compañeros, que, despues de saludar á Benedicto con una especie de gruñido, prepáranse con éste á botar la barca al agua, la cual se halla colocada sobre varios travesaños de madera cerca de la rompiente.

Ya están á bordo la botella del aguardiente, la

red hecha un confuso montón, las hileras de remos unos sobre otros en los costados y el palo que sirve para desviar la barca de la orilla.

Partida la tripulación en dos cordones, meten por un lado y otro el hombro al pesado casco, y dá Benedicto, como capitan de la cuadrilla, el grito de ¡eó! ¡eó!, á cuyo compás empiezan esfuerzos y acometidas, hasta que la barca mete la quilla en la espuma, despues introduce el abultado vientre y por último resbala sobre los travesaños y queda flotando sobre las olas.

Uno de los barqueros pónese en pié en la popa con el palo, especie de chuzo, en la mano, y llevándolo al fondo del agua y recorriendo toda la banda de la barca á largos pasos, consigue internarla lo suficiente para que los remeros echen los remos sobre las bandas y den las remadas primeras, haciendo á un justísimo compás la maniobra. El muchacho pónese al servicio del timón, y la nave resbala mar adentro rozando las elásticas ondas.

¡Qué aspecto el de la playa á la hora en que sale la barca! El festón de la arena se extiende á lo largo de las rocas alumbrado por el resplandor de las estrellas; las ventas, de techos achaparrados, las casas distantes y los hoteles airosos, muestran los lienzos de sus paredes, cubiertos por fértiles parras ó rodeados de confusos jardines. La ciudad enseña su lomo negruzco y deforme, como el de

mónstruo que durmiera recostado junto á la orilla; por algunas de las ventanas atraviesan con rapidez las luces artificiales que mientras viene la del dia encendieron algunos industriales para arrancar á la noche algunas horas de trabajo. Las viñas suben á izquierda y derecha por las faldas de los montes, describiendo sus listas de pámpanas y de sarmientos; algún lagar lejano enseña tambien el blanco y fantástico muro de su portada.

Los rumores de la playa y de la ciudad se oyen en el dulce misterio de la noche como una música vaga y agradable; estrépito de olas, ronquido de las aguas entre los peñascos, trasiego de aparejar de otros pescadores, bronco rozar de un remo en la barca, que produce un apagado rugido de león; cantos de media voz, acentos que maldicen por la dificultad surgida en alguna tarea, todo se percibe en vago concierto y se une á los otros ruidos de la capital, como el de los carros que ruedan, el de bestias que entran en largas reatas al compás del soñoliento canto de los arrieros, el de ladridos de perros que merodean por las calles, el de alertas insinuantes del gallo y el de alegre fiesta trasnochadora que corre de calle en calle, dejando tras sí una triste y vagarosa estela de armonía.

Entretanto, la barca de Benedicto no es ya más que un punto negro en medio de las olas, y

boga y boga rozando como un pájaro marino las aguas.

Cuando ha llegado á perderse de vista, hace virar el muchacho la embarcación y se pone á soltar el largo y anchuroso seno de la malla, que de trecho en trecho queda suspensa de breves y flotantes esferas de corcho.

Luego, mientras pone la proa hácia la orilla, el muchacho sigue dejando sobre la estela los dos robustos cabos de maroma á los cuales queda sujeta la red. Tras largo rato de contínuo ejercicio, vuelven á oirse en la orilla los golpes de los remos, pero de una manera queda y levísima, como aquel secreto dicho en voz baja, que apenas llega á nuestros oidos; despues se acentúa poco á poco, más tarde óyese la voz de mando de Benedicto unida á los demás tripulantes, y al cabo la barca vuelve de nuevo hasta la orilla, habiendo dejado allá dentro la inmensa boca de la red abierta al incauto perseguirse de los peces.

Sacada otra vez la embarcación á empuje de hombro sobre el seco suelo de la playa, la tripulación divídese en dos porciones y empiezan á tirar, separados á alguna distancia, de los gruesos extremos de la cuerda.

Formidable es la tarea que entonces empieza. Cada jabegote, armado de un corto cabo, de cuya punta cuelga un redondo trozo de madera, llega á la misma orilla, chapoteando con los piés

el agua, y allí lia el trozo de madera á la maroma con una especial mecida de honda, hecho lo cual, vuelve la espalda al mar y se lleva el cabo sobre el hombro, mientras inclina el cuerpo y empieza á tirar, hundiendo los piés descalzos en la arena y siguiendo la huella de otro jabegote colocado delante de él.

Ocupados en esta fatigosa tarea el tiempo necesario para hacer salir el *copo*, aparece éste al fin lleno completamente de pescado, y en vez de la maroma asoman las mallas de la red y queda el montón de pesca tendido sobre la playa.

Los santos, la Vírgen y todo lo humano y lo divino es invocado con goces de entusiasmo por los pescadores, á tiempo que se rompe el mar para dejar paso al tesoro y el sol asoma por el horizonte para bañar en rayos de majestad el cuadro marino.

De la población acuden en tropel á la playa los pescadores para hacer el cotidiano empleo y vender luego la mercancía á golpe de pregón, con los luengos cenachos colgados de los codos, las manos colocadas á la cintura y las caderas en balanceo para evitar al paso el roce de la vasija.

El viviente y blanco montón de peces se revuelve y blande sus miles de puñales debajo de la malla, dando fuertes sacudidas y retorciéndose con los dolores de la muerte.

Un jabegote tiende la red, otro saca los peces

presos en el tejido, aquél despacha aceleradamente carga tras carga y el otro deshace la confusión de gerarquías que el copo formó al resbalar bajo las olas.

El sol tiende sus rayos sobre el cristal del agua, bajo el que antes pasaran como bandadas de flores de luz las estrellas.

Hecha y terminada la venta al monótono martilleo de las olas, los marinos ordenan sus redes, recogen sus aparejos, y en la casa de Benedicto empieza á ondear el pacífico humo de la *moraga*, en torno de la cual forma toda clase de juegos el muchacho.

Despues no se descubre sobre la playa más que la inmensa reverberación del sol sobre las olas y las mallas tendidas á secar, que despiden un marcado é intenso olor á marisco.

A la entrada de la caseta de Benedicto juegan sobre una sucia mesa cuatro camaradas, con el jarro del vino colocado en el centro, y mientras arrojan, con palabras y donaire de jugadores, las cartas sobre la tabla, llegan intermitentemente hasta la caseta las sonoras lenguas del mar, que les hablan, al parecer, de cosas incoherentes, y levantan crujiente estrépito de cristales al resbalar sobre el tapiz de las piedras y de las conchas.

El musgo

Cuando golpea la lluvia con sus gotas de agua la tierra, y clava sus buriles en la piedra para llenarla de incoherentes labores, y las ráfagas de Diciembre estampan su bramido en las frentes de mármol de las ruinas, y en toda la tierra no se descubren más que charcales y nubes llenas de girones por los cuales escurre la tétrica claridad de las criptas, el musgo adormece su gérmen entre los pliegues del traje de las estátuas, en los *guarnicionados surcos de tejas de los edificios*, en los asientos de piedra de los paseos y en los obscuros paredones, y espera como las demás plantas la evolución del calor y de los jugos para tejer su delicado terciopelo y elevar sus millares de puntas sobre la piedra, echar velo legendario y misterioso á las esculturas, orlar las ojivas de

góticas labores y trepar las cresterías y caballetes de las iglesias.

En la cumbre de un monte que domina una agitada población, entretenida en el tráfico y en las faenas del comercio, existe un castillo medio roto y abandonado, en cuyas almenas, aún de pié, y en cuyos trozos de columnas, semejantes á pedazos de cuerda de un instrumento, el viento ejecuta una confusa canción de guerra, donde parecen oirse toques de clarines y lejano zumbido de cañones, ritmos de bandas militares y tristes alertas de soñolientos soldados, que sobre el muro del edificio ven el fantástico parpadeo de las ventanas de la ciudad, al pasar tras de ellas las ráfagas de luz de las bujías.

En medio de estas ruinas ingentes, que desde la falda del monte y desde el borde del mar suben en ciclópeo escalonamiento hasta la cima, he permanecido muchas tardes, ya en aquella estación en que la enérgica luz finge un baile de monedas de oro sobre las olas, ya cuando las nubes de invierno le dan su tono ceniciento, y he observado las lentas evoluciones del solitario musgo, desde que el verano lo avellana y arquea, dándole el aspecto de la hojarasca, hasta cuando surge con expresión melancólica del fondo de la primavera y siente, emocionado de placer, rozar su superficie el ala de tornasoles de la golondrina.

En semejantes ruinas, el musgo vive como en su palacio; se acompaña de cruces volcadas, de jaramagos que blanden su cabeza al soplo del viento, de hendiduras por las que asoma su achatada cabeza de pintoresco lagarto y de obscuros desconchones tendidos en los muros, que representan, ya bélicos soldados colocados en trágicas actitudes, ya diseños de furiosas batallas, ó bien mónstruos deformes parecidos á momias petrificadas.

En el ancho brocal de un pozo, situado en el comedio del castillo, el musgo extiende su banda pintoresca y corre á lo largo del muro, viéndose á trechos hendida por el óxido que arrancó al hierro la pesada lluvia de invierno y lo extendió en anchas líneas que dieron más carácter de antigüedad á la pintura.

Un arco de hierro que sostiene en su centro una vieja garrucha, sostiene también la cuerda, pendiente de la cual baja al fondo del pozo el abollado caldero, cubierto asimismo de manchas de óxido.

Alguna vez, lleno de inmenso terror, dejé ir la vasija por medio de la negra columna de sombra, soltándola brazadas á brazadas, y el abismo empezaba á tragar la cuerda dejada ir hasta su fondo.

¡Qué momento de emoción! ¿Vendria á sorprenderme en aquel momento el soldado encargado de custodiar los restos del castillo?

La garrucha gemía, gemía con ayes de infinita tristeza y hacia como desperezamientos del hierro que vuelve en sí despues de profundo sueño; yo soltaba brazadas tras brazadas, asomándome con intensa emoción al fondo de la sima, donde ni siquiera descubria ese relámpago que duerme en la superficie del líquido, allá en lo hondo de las fuentes profundas. La cuerda caia, agotándose por momentos; el menor extremecimiento del aire me hacia volver el rostro, asustado, creyéndome ser descubierto de álguien; por fin, y como si viniera del centro de otras regiones de la tierra, llegó hasta mis oidos el medroso y especial chasquido de la vasija en la flor del agua, la cual debió partirse en redondos circulos negros y cristalinos.

¿Qué secreto terror embargaba entonces mi espíritu? Puesta la mano izquierda sobre el musgo que cubria el derruido borde del pozo y por el que resbalaba engañosamente como sobre una mancha de mucílago, dirigia miradas de terror hácia la compacta sombra que taladraba la cuerda como largo hilo de aguacero. ¿Habria en el fondo manos de esqueleto que tratarian de sujetar la vasija, para que yo no pudiera traerla nuevamente hácia arriba, ó se zambulliria en aquel momento dentro de ella, con infernal algarabía, una legión de gnomos enanos, dispuestos á subir por la cuerda para arrastrarme de una mano á sus moradas del centro del planeta?

A esta extraña idea, quitaba instintivamente la mano del musgo y retiraba el cuerpo como para escapar de la embestida.

Despues lograba subir precipitadamente el caldero, apoyábalo en el roto brocal, y dispuesto á retirarme acelerado, dejaba ir hasta el fondo el contenido de agua, que despues de largo rato sonaba á mis oidos como el rasgarse de una grandiosa tela de seda allá en lo profundo de la tierra.

Vuelto de nuevo á recorrer el accidentado encaje de las almenas, extendia la mirada por todas las divisiones del castillo.

Sobre los caballetes abríase el musgo con majestad de colgadura, y asaltaba cornisas y ventanas, extendiéndose á lo largo de los muros y dejando verdinegros tapices, que formaban las suaves y luminosas aguas del terciopelo.

La columna volcada sobre el suelo, el hendido asiento de piedra, sobre el que solo descansaban los pájaros, las torres desiertas y lúgubres y las gruesas almenas parecidas á clavos de gigante, mostraban el misterioso velo de la leyenda, elaborado por el musgo.

Ante aquel aspecto sombrío, creíase oir pasar por las altas tapias, allá cuando la noche cerraba el horizonte, las sombras de los ejércitos que animaron los castillos y chocaban con temor las espadas, resonaban metálicamente las espuelas, cru-

jían los cascos y las armaduras, y todo resbalaba con sígilo sobre los muros y terraplenes, conduciendo broqueles y carros de batalla, escudos y cimeras.

Cuando volvia de regreso á la ciudad, aún en mis manos se veian restos diseminados de musgo que llevaba ansiosamente al olfato, para seguir recordando, con esta extraña memoria, los imponentes cuadros del castillo.

***

¡Oh solitario vegetal, planta microscópica! Sin llegar siquiera al tobillo de la irrisoria pata de la mosca, cubres, sin embargo, con velo legendario los edificios, das tono poético á los cuadros de la naturaleza y te conviertes en laurel voluntario, que sube á coronar las estátuas de los santos y de los dioses.

EL AGUACERO DE ORO

El aguacero de oro

Los confusos edificios de la ciudad, apiñados y conteniendo en su seno los séres humanos, mostrábanse á la luz del sol animados con sus terribles tragedias y luchas desenfrenadas. Cada persona estudiaba su intriga y combinaba su estratagema. El ansioso de posición, urdia su novela y ponia en movimiento sus personajes para procurar el coche que habria de sacarlo á la superficie. El ofuscado por irresistible deseo de mando, sembraba de obstáculos el camino á los demás, para saltar por cima de los cuerpos hacinados en la caida. Otro que, pretextando amor, puso los ojos en el oro y la fortuna, antes que el alma en los ideales, ensayaba sonrisa engañadora con que ocultar el dolo y la perfidia. El avaro aplicaba el oido cauteloso para percibir el rumor metálico de las monedas, con el cual se aceleraban los latidos

de su corazón, cerrado á todo humano sentimiento. La especie entera procuraba para sí completo bienestar y producia ese són confuso de séres que elaboran en un mismo punto y se disputan lugar y conveniencia.

Sobre la ciudad rodaban las masas de nubes, combinando en su seno la extraña lluvia que habria de saciar la sórdida ambición de los hombres. Era un oceano de oro el que se cernía sobre las cabezas, sometidas á la acción desenfrenada del delirio.

Un celaje encendido avanzaba relampagueando del lado de Oriente y hacia saltar de su seno inflamadas aristas que ondulaban como sierpes metálicas. Del Norte subia una nube inmensa que traia en ebullición la luz, la cual borbotaba impaciente como si fuera á desbordarse en mortales rios de fuego. El crespón de vapores adquiria por momentos espesor y consistencia y ocultaba la faz del cielo, que poco á poco se cubria de su gigantesco velo de púrpura, tras del cual seguian su curso maravilloso los astros.

Las nubes se amontonaron impelidas por el huracán, sonó un hondo trueno en que pareció oirse el chocar de grandes moles metálicas, y cuando la población esparcia su gente por las calles y se entregaba á las luchas titánicas del dia, unos puntos luminosos semejantes al menudo polvo de nieve que el invierno mece en los

aires, cubrió como dorado velo la tierra y dió la señal de que empezaba el tremendo y amenazador aguacero.

A la llovizna luminosa, que caia engrosando sus átomos de oro, sucedieron las grandes y pesadas gotas que anteceden al chubasco, las cuales, ya dando en la veleta que sirve de coronamiento á la iglesia, ya hiriendo el agudo pararrayos que hundia su afilada aguja en los cielos, ya promoviendo argentino ruido en las monteras de cristales, llamaron la atención de los humanos, que con brusca sacudida y espantosa sorpresa miraron bajar el torrente de oro de los cielos.

Fueron entonces de ver los contenidos sentimientos estallar en explosión avasalladora; las ambiciones desordenadas surgir con la violencia de la madera hundida en el azogue; los secretos pensamientos manifestarse en toda su pujanza y salir á la vida como cuervos que huyen de la llama. Entonces destrozó con golpe de puñal el aneurisma al entregado á la avaricia; arrancóse la venda de los ojos la que se deleitaba en el amor dulcemente mentido; irguiéronse los esclavos, ejecutando el mayor acto de justicia del mundo, y el hermano halló mortal desengaño en el hermano, y el padre perdió en un solo momento sus hijos, y la igualdad pasó su rasero sobre las cabezas, dejando constituida la ley de los hombres en la fuerza brutal de los instintos.

El apedreo de las gotas dando en los misteriosos cristales de la celda, dejó rota como blanco lirio la oración en los labios de la monja; en el altar del templo quedó suspensa la misa por la furia del temporal, que pasando con flechas de oro las ojivas, fué á preludiar en el órgano, haciendo lanzar á la trompetería el soberano himno de la riqueza.

La lluvia, en tanto, caia deslumbradora por todas partes, ya dejando sus cables de oro tendidos en el aire, semejantes á ofuscadoras rayas de fuego, ya formando remolinos y cascadas que se despeñaban de lo alto de las torres con ensordecedor estruendo.

Por las calles corria el metal líquido formando grandes trenzas de oro, que huian temerarias á perderse en los hondos subterráneos de la ciudad. Las tejas cubríanse de un magnífico manto, que al desgarrarse en las puntas de las canales, colgaba de ellas grandes cortinas de un nunca imaginado explendor. En los charcos hervian las gotas como batalla de séres extraños, alargando las diminutas cabezas de oro para contemplar el gran espectáculo del mundo.

Cada persona, febril con la excitación de la locura, acarreaba como bestia la carga de tesoro cogida en el primer punto de la calle.

Cada hombre era un rey que anhelaba imponer su voluntad á los mortales. Nadie osaria rebelar-

se á su mandato. La pereza colgaria su soñolienta hamaca de elegantes columnas de oro para mecer las cabezas atestadas de sueños orientales.

El aguacero fuése alejando paulatinamente.

De los húmedos edificios solo caian ya con pesadumbre grandes gotas, que antes de rodar á las piedras lucian como vistosos collares de la ciudad, engalanada á la luz del sol con todas las riquezas de la odalisca.

Luego congelóse el precioso metal, bruñendo con inusitado esmalte techumbres y repisas, y pasada que fué por completo la lluvia, quedó la inmensa desventura humana cubierta por un explendoroso manto de oro.

***

Una gota que pendiente de la cruz de un campanario resistióse, engrosando cada vez más su dorada pupila, cayó como nota última del aguacero sobre una desvalida paloma, que recibiendo en el cráneo el impensado proyectil, rodó con bruscos aleteos de muerte por el rico escalonamiento de las canales.

LA BANDA DE MÚSICA

La banda de música

Por la lista que forma la carretera tendida á lo largo de la playa adelanta la mal traida banda de música, formada en grupos de tres á tres, de dos á dos, ó bien de á nota suelta, según y como se ofrece á la vista armónico y variado pentágrama.

Bajo el raido sayo deja cada cual asomar la punta del instrumento, enfundado en su coraza de tela, rota y agujereada, por cuyas rendijas se ven los dorados filamentos del metal, cuando no el aparato de teclas y clavijas.

¿Quién no echa de ver al tropezárselos en el camino, que contratados y solo contratados fueron para la función de algún pueblo, donde habrán de entrar á eso de oraciones, y una vez tomado el refrigerio, lanzarse á *pito socante* detrás de las andas de la Vírgen, con los carrillos hinchados de viento?

A la vista salta que es cierta semejante suposición y á confirmarlo vienen ideas y palabras, porque echando la voz del cuerpo el de la batuta, hombre de sano color y nariz de loro, se expresa en esta ó parecida forma:

—Apretemos el paso, mis acompañantes, que la tarde enlobreguece, y á poco de nada nos darán las sombras en los ojos, siendo así que al obscurecer, y no á otra hora, habremos de entrar en el pueblo.

—Hacedero es cuanto decís, señor de Diapasón—responde el Contrabajo,—pero atienda su merced á los mis remos, y vea que para caminata ya fué larga en demasía, y que aún no me llegó la vez de montar en el borrico, causa por la cual pesa el instrumento á mis lomos tal y como si de plomo fuese.

—Razón tiene el Contrabajo, y para descanso, bastante trotó ya la Flauta sobre el jumento, que ahora habrá de echarse á tierra y darle á pié y brazo con brio, pues no es tanto el peso de su carga.

Y con esto monta el decaido Contrabajo, que se esparranca sobre el pollino y se agarra á las cuerdas del tambor, colocado en la delantera.

El Clarinete deja entonces oir su voz, y dice:

—Media legua escasa es lo que nos queda, y paréceme, si no me equivoco, que arribaremos á pedir de boca, aún haciendo antes una parada en

la venta, pues opino que no todo ha de ser taconeo antes de llegar, sino que bien podemos haber un rato de descanso, cuando el tiempo viene punta con punta para todo.

—Pues si así es—exclamó en esto el Bombo, —bueno es repantigar algo en la venta, y luego de refrescar emprender nuevamente la caminata.

—Al tenor de esas razones—dijo aquí Diapasón,—vengo en consentir ese dicho compás de espera en la venta, y buena salud nos haya, que con pan seco mal se anda el camino, y un trago no lo llevará á mal el estómago, si se atiende á que hay que tomar pulsos y resuello.

Andando á las veces, en ocasiones á pié y siempre *chapaleando* polvo, llegaron los músicos á la venta, mustios y cansados, y tan hundidos de ánimo como tocados de apetito.

—¡Hola, ventero! ¡Ah de casa!

—¿Qué se ofrece?

—Ved de darnos algunos asientos para descansar, que buena falta nos hacen, y en el entretanto traed un cuartillo para el paladar, que á la verdad, bien necesita el enjuague.

—Tocante al vino, al gusto de su merced; en cuanto á los asientos, mal anda la venta de tales pormenores; pero podeis asentar las posaderas en esos aparejos puestos en fila, que más blandura habrán de ofrecer al cuerpo.

Y terciando cada cual el instrumento sobre sus

rodillas, menos el que lo dejó contra la pared, sentáronse los músicos, llenos por completo de polvo, y empezaron á reunir entre todos unas malaventuradas pajuelas, que no cigarros, los cuales, cuando á recias chupadas fueron encendidos, comenzaron á extender unas azules musarañas sobre las figuras.

—¿Y faltará mucho para el pueblo?—se apresuró á marcar aquí Diapasón.

—Poca cosa, señor. En dar unos quinientos pasos, no hay más que torcer el rumbo y subir por una cuesta, en lo alto de la cual sale á la vista el pueblo.

—A ese compás teníamos ajustada la cantata—exclamó el de los platillos con ruidoso estrépito, —y á buen seguro que ya nos esperarán con impaciencia.

Y como á la sazón sonara al llegar á la venta el tropel de campanillas de la diligencia, los músicos emprendieron nuevamente su marcha, despues de pagar al ventero en un mohoso rosario de cuartos y de ochavos.

A la dudosa luz del crepúsculo llegó la banda de música al pueblo. Bajo un descomunal algarrobo, colocado á la entrada, fué desmontado del pollino el tambor, pusiéronse las boquillas á los instrumentos, y en la primera casa del lugar rompió la orquesta con el patriótico himno de Riego, que hizo retemblar las piedras de entusiasmo.

Desbordóse el pueblo hácia aquel lado y una nube de chiquillos empezó á brotar de todas partes.

Las viejas salieron entonces á las puertas de las casas, con sus sonrisillas llenas de arrugas, y hasta las bestias, atadas bajo los cobertizos, aguzaron recelosas las orejas é hicieron un respingo contra el pesebre.

EL VASO DE AGUA

El vaso de agua

Entre los frescos tiestos de albahaca que elevan su copa de menudas hojas á los lados de la reja, y colocado sobre un pié de frio cristal, cuya transparencia y limpidez despiertan sed abrasadora, se alza un *transparente vaso de agua, á través* del cual observa Carlota la expléndida vega que se dilata hasta la orilla del mar, mientras sostiene en las manos una tupida labor, que cae sobre su falda como pintoresca piel de serpiente.

Es la jóven como de diez y siete años, antes baja que alta, morena, de ojos excepcionalmente negros y de largas pestañas puestas en manojos, como las espadas en el noble salón de armas.

Su temperamento nervioso aleja de sí el soporífero sueño de la siesta, y mientras duermen en distintas habitaciones todas las personas que gozan la vida campestre durante larga temporada

en un lugar de Andalucía, ella hace crecer punto por punto su labor y se recrea en el sosiego y los mil encantos de la siesta.

En torno á la ventana donde aparece sentada, las enredaderas de campanillas azules y las frondosas madreselvas enlazan sus flexibles tallos y orlan el limpio alféizar, en cuya parte inferior crecen, junto á los tiestos de albahaca, bellas matas de claveles, pequeños y floridos rosales y plantas propias de las famosas rejas andaluzas.

Como ya es bastante entrado el verano, la clueca anda con sus pollos por la estancia que ocupa Carlota, y toca de vez en cuando á llamada con el pico, mostrando á sus hijuelos algún grano de cebada perdido en el pavimento de la cocina.

A través de los tallados de cristal, la jóven se entretiene en ver las faenas del campo que se ejecutan cerca ó lejos, y sigue con la vista las maniobras de los trabajadores en los lindantes toldos de pasas.

La grata sombra donde se encuentra y la luz vivísima que inunda los campos hacen enérgico contraste favorable á sus ojos, que le permite ver como desde un caleidoscopio las figuras que danzan y se mueven del otro lado del vaso.

El alero de tejas, tendido de punta á punta del cortijo, señala con extraordinario vigor sus puntas de sombra sobre la extensa explanada de la

casa, donde infinitas guijas variadas forman círculos, adornos y relieves.

El profundo silencio, solo interrumpido por los cantos bajos de un canario, la quietud completa que reina en toda la casa y los ecos soñolientos que llegan como cernidos por las cuerdas de un instrumento, despiertan en el cerebro de la jóven mil extrañas ideas y disponen su cabeza á perezosos sueños orientales.

¿Qué es lo que se sueña en esas doradas horas de la siesta, en que parece que hay voces ocultas en el silencio que nos hablan de aventuras desconocidas, y en que se oyen extraordinarias músicas, clarines de guerra, trompas de caza, liras imaginarias que suenan como bajo los cristales de la fuente y estrofas de versos melodiosos, donde en cada sílaba palpitan luz, color, ritmo y pensamiento?

Carlota, como atraida por una visión mágica, aplica los ojos al vaso cristalino y se queda profundamente abstraida contemplando el infinito mar de fuego del paisaje.

Por la lejana llanura, donde largas séries de árboles destacan sus siluetas de contornos dislocados y donde una lista azul de mar se extiende como indecisa costa de la aurora, una cuadrilla de toscos labriegos avanza con los anchos fruteros á la cabeza y recobra el encanto de una visión microscópica, viniendo á reflejarse en los limpios tallados del vaso.

Atravesando lomas cubiertas de viñedos, faldas de montes á cuyas orillas ondulan las sonantes orlas de las cañas y cuestas donde la cinta de polvo culebrea trazando curvas caprichosas, llega la distante cuadrilla á los grandes paseros del cortijo, y allí descarga los colmados cestos de racimos y empieza á tenderlos sobre la arena.

Los cantos que exhalan al llegar interrumpen un instante el profundo silencio de la casa; se oyen algunas palabras cambiadas entre los hombres que llegan y las mujeres que elaboran lechos de pasas bajo un fresco techado de hojas; hace algunas exclamaciones el pájaro encerrado dentro de la jaula, sorprendido de la llegada de los trabajadores, y otra vez vuelve á alejarse la cuadrilla y á perderse en la distancia con perezosa lentitud.

La luz, en tanto, viene á derramar en el vaso vivas claridades y relámpagos fugitivos, orlándole en los bordes de brillantes líneas y círculos de iris y reflejos. Al pasar una fresca ráfaga, riza imperceptiblemente la superficie del líquido y tiemblan con alegría todas las aristas de luz de los tallados.

Del fondo á la altura suben porción de pequeñas constelaciones, que, llevando cada molécula un punto de aire en su seno, atraviesan como encantada efervescencia y su suceden unas á otras como si el génesis se hallara en el fondo de la copa.

Ya es un celaje el que atraviesa á través del cristal y violenta sus formas etéreas al pasar de tallado en tallado y crece y mengua de dimensiones según la fuerza del objetivo tras que se mira; ya es un vapor del volúmen de un grano de arena el que copia el vaso en sus muros y lo deja extender su penacho de humo sobre la azulada lista del mar; ya es una figura humana la que se descubre, la cual atraviesa con pausa por los campos y hace mil rodeos y evoluciones; cuanto pasa y se refleja en la luciente copa toma un encanto particular, que hace soñar dulcemente á la imaginación y recrea el corazón y los sentidos.

De pronto, un pavo real que vuela desde el caballete de tejas á la esplanada alza su magnífica cola delante de la ventana y Carlota experimenta una viva sacudida de placer; cada clara faceta, cada luciente tallado del cristal copia y reproduce las vivísimas flores de sus plumas y las enlaza y las combina de tal modo, que por cada especie de ojo del plumaje del ave se ven oscilar millares y millares de manchas orladas de iris, y á medida que la vista cambia de posición, el expléndido abanico desborda ante los ojos colores y colores, como si en él hubiera agotado el sol todos los recursos de su luz.

Ya finge la ámplia cola explendoroso crespón digno de ocultar el soberano lecho de un rey; ya hermoso cendal abrillantado, cubierto de rosas

orientales; á veces chal formado de sedas deslumbradoras, donde las manos de las hadas pusieron todo el delicado misterio de sus agujas; ya opulenta colgadura recamada de vivos arabescos, donde cada hebra muestra su color distinto; tan pronto tela de pálio explendoroso salpicada de manchas azules; ya tejido moro, lienzo chinesco ó cola magnífica de traje de reina, elaborada por finos hilos de luz arrancados al sol, al romper la celeste urna de los mares.

Despues desfila el ave pasando todas sus flores á través del vaso y una diminuta hormiga sube por uno de los hierros de la reja, dejando ver en el objetivo sus aparentes formas gigantescas. Carlota observa entonces las deformidades del animal y repara en su horrorosa figura, la cual le dá cierto secreto terror. Entre sí promete no coger más en su mano semejante mónstruo.

Llega á interesarse tanto en este nimio detalle, parecido á tantos otros de la vida, que aparta los ojos de la lente y mira con fijeza al animal, que al pronto recobra su aspecto humilde é inofensivo y lleva la reconciliación al ánimo de la jóven.

Desfilan luego por el vaso pájaros microscópicos, abejas que van en busca de las flores, mariposas que lanzan un chisporroteo de oro y de colores al pasar por los tallados y toda la série de insectos que bullen de acá para allá, llevando reflejos como puntas de alfileres en las alas.

Las horas transcurren perezosas, la tarde se anuncia por último, y cuando todo vuelve á recobrar vida y movimiento, el fingido telescopio desencaja cosas y figuras á medida que pasan por delante de él, y atrae cuanto destello se alarga, como espada, de los objetos.

Más tarde vienen á llenar la esplanada los trabajadores; cesan las horas de la tarea, estallan la animación y la alegría, y llevando entonces Carlota el vaso de agua á sus labios, mira por el fondo de la copa el bullicioso hervidero de gente, parecido á un puñado de hormigas, y contempla desplegarse el dorado y magnífico incendio del crepúsculo, que, haciendo hipérboles de luz y de reflejos, se arrastra sobre la llanura del mar y alza de la tierra la postrera oración del dia, que forman el místico rezo del labio humano, la nota del pájaro y la gota de los manantiales.

CUADRO HÚNGARO

Cuadro húngaro

Por una boca tan fresca que dá abrasadora sed el mirarla, entre cuyos labios resaltan enérgicamente dos apiñadas filas de dientes de azulada blancura, entra y se grietea, despidiendo caldo frio y sabroso, una tajada de sandía, que enseña á trechos simétricas semillas y despierta el apetito de quien la contempla.

En auxilio del trozo de fruto acude una mano angulosa, fuertemente tostada por el sol, que, al mismo tiempo que remete el rosado fragmento, luce en la muñeca un sucio colgante de pulsera hecho de vivos corales y enseña en las enjutas falanjes sortijas, donde vuelve á repetirse el motivo del producto marino.

El rostro, por donde se pierde poco á poco el trozo de fruto, oculta su frente bajo una maraña de cabellos dejados á su monte; la nariz es mar-

cadamente aguileña; los ojos son de una negrura siniestra, con algo del vago é indefinido mirar de los bohemios; las mejillas son oscuramente rosadas y vestidas de suave vello, y la garganta enseña por igual tendones y morbideces y recuerda el cuello de bronce de las estátuas.

El cuerpo de la figura se oculta en el vestido suelto y libre de las gitanas, donde á los flotantes pliegues y colores vivos y chillones se juntan las guarniciones airosas llenas de charros arabescos de trencillas.

En la mano izquierda sujeta la mujer un pandero de parche recio y oscuro, que apoya sobre una piedra, y á sus piés se hallan extendidos los restos de un almuerzo que devoró alegremente en unión del salvaje húngaro, que entre hacer bailar grotescamente al oso y gozar de las delicias del amor, recorre sin parar ciudades y poblaciones, y toca las sonajas para hacer indescifrable armonía á la fiera.

Como ambas personas se hallan á la salida del pueblo y nadie juzga ni observa sus acciones, el hombre abre, acabado de saborear el almuerzo, cátedra con que instruir á la fiera, y dando un fuerte tironazo de los eslabones á que se halla sujeto el animal, lo levanta del suelo y pide á la mujer las sonajas, con lo cual la función dá principio, y el oso queda encaramado bestialmente sobre los piés.

En su idioma, el domador dirige reprensiones al cuadrúpedo, que éste contesta con rugidos. Lo que desea el hombre es que dé una vuelta al són ronco del parche, marcando con numérica precisión los compases.

Pero la fiera se muestra rebelde y deja caer al suelo las manos, negándose á obedecer el mandato.

Entonces, alzando el hombre el nudoso palo con que se hace entender de la bestia, déjaselo caer con terrible fuerza, á cuyo golpe el oso retrocede y arrastra por un instante al domador.

La mujer mira con indiferencia la lección, echada sobre el rastrojo, y no se inmuta en lo más mínimo ante la amenazadora actitud de la fiera.

Quizás, mientras el hombre expone su vida por ganar valerosamente la de ella, ésta deja ir el pensamiento por paises lejanos, y sueña acaso con el egipcio que condujo, rendido de amor, á su lado, la ardiente caravana por el caluroso desierto y deslizó palabras de loca pasión en sus oidos.

La pereza derrama su beleño oriental por todos sus miembros y abre sus sentidos á las visiones ardientes del amor.

El peligro no haria mover de su cuerpo la más ligera fibra; antes bien, excita con más encanto su pasión el valeroso amante cuando lucha brazo á brazo con la muerte.

El mónstruo se resiste á la acostumbrada obediencia; ruge y retrocede á cada brusco tirar de la cadena y amenaza con dejarse caer sobre su contrario para hacerle pedazos entre sus garras.

La mujer de nada sigue preocupándose; solamente ríe con pereza cuando la fiera dá una acometida al hombre, amenazando devorarle.

Este, empeñado en imponer su autoridad á la bestia, vuelve otra vez con su canturía y sus extraños monosílabos á mandarle que se levante. Obedece de un modo automático y queda sostenido sobre las horribles patas traseras. A medida que suenan originales golpes sobre el pandero y se columpia la nudosa vara, colgada del brazo del hombre, la aleccionada bestia empieza á querer seguir con los movimientos del cuerpo el número y la cadencia del pandero, que repica el húngaro sin descanso.

La actitud apacible y obediente del oso incita á aproximarse á la mujer y adelanta un trecho, quedando sentada á la oriental, con los rizos cayendo sobre el cuello y las manos enlazadas perezosamente detrás de la cabeza.

Un incidente terrible, atroz, imponente, deja pálido su rostro no bien se ha acomodado en el suelo. La cadena á cuyo extremo baila atada la bestia se rompe de pronto por cerca del taladrado hocico y el oso queda dueño absoluto de su libertad.

—¡¡Eh!! —grita poderosamente el domador, queriendo fascinarle con la voz y salvar el momento trágico y horrible.

La escena es por demás espantosa: el hombre enarbola el palo y váse en dirección al enemigo; éste mira de soslayo y se dispone á acometer; la mujer desanuda el lazo de las manos que tiene formado detrás de su cabeza y blanquea, de profundo miedo, su rostro.

El oso sacude de pronto su cuerpo apercibiéndose para la lucha; déjase ir, por un resto de temor, no á quien le manda obedecer, sino á la mujer indefensa, y échale la tremenda zarpa encima antes de que haya podido incorporarse.

La pobre lanza un grito de espanto, defendiéndose como puede del furor de la bestia; revuélcase; imprime sus manos en el hocico desviando de sí la muerte; incorpórase y es nuevamente derribada, hasta que el domador, llamando á su brazo toda la fuerza de sus músculos, sacude un espantoso palo en la cabeza al enfurecido oso y échase encima y forcejea con él, hasta cogerle del resto de la cadena; dále entonces fuerte tironazo, con lo cual lo deja sometido á su obediencia, no sin haber sido antes arrastrado por el suelo.

Añadida ligeramente la cadena, el hombre somete del todo al animal, le ata del robusto tronco de un árbol y vase hácia la mujer, que aún tiembla como una gota de azogue.

Embargada completamente de miedo, coge la mano de su amante, y refugiándose en su valor, se la lleva al lado izquierdo de su pecho.

El hombre, trayendo á sus ojos cuanta dulzura hay en su salvaje naturaleza, la coge amorosamente por la cintura, aproxima los labios á su boca, y donde antes sintiera la mujer el repugnante hocico de la bestia, siente ahora el manantial del amor caer beso á beso, con la claridad de un sutil goteamiento de luz...

CUADRO ORIENTAL

Cuadro oriental

Aiscé, mujer del opulento Mahmud, se aburre soberanamente en el harém. No bastan á sacudir su hastío las nuevas mujeres que de tiempo en tiempo vienen con justos derechos á disputarle el lugar que ocupa en el corazón de su señor, y á vivir bajo el mismo techo, y á gozar los mismos poderes y autoridades. A través del muro de su estancia oye á veces dos risas enamoradas, la del sultán y la de otra nueva esposa, que se juntan como reflejos del mismo rayo; pero tanto acostumbró su oido á que condujera infidelidades á su corazón, que el duo amoroso no causa más efecto en su ánimo que la voz de un enlutado mirlo encerrado en jaula primorosa, el cual silba sábiamente de corrido una original canción japonesa.

Saboreando á veces el *chibuka*, otras fuman-

do suave *narguilé*, á veces gustando la *almásiga* para ahuyentar el sabor á tabaco, y tan pronto entornando los ojos para tomar con pereza sorbos de limonada, como entreteniéndose en perfumarse con esencias, la indolente Aiscé pasa los dias trazando con su cuerpo elegantes escorzos en los divanes, cayendo de éstos á los cojines, de los cojines á las pieles, de las pieles á los tapices y de los tapices á los blancos mármoles del suelo, donde aún sigue arrastrándose y adoptando interesantes posturas. Es un cuerpo descoyuntado donde la molicie ha destruido todo vigor y fuerza.

En su desesperada atonía no halla placer en el infinito cambio de trajes y atavíos, en contemplarse en los juegos caprichosos de los espejos, en hacer desfilar por su cara, con los colores artificiales, todos los tipos variados de la tierra, desde la cobriza de ojos ardientes y labios membrillosos, hasta la rubia hecha con hebras de mazorca y de ojos de azul de zafiro.

Ya no la distraen los bailes de las jóvenes de quince abriles, que hacen sonar en la danza los *tarreños*, columpiando los cuerpos con la indolencia de las mujeres orientales.

La *hanum* se fastidia de la más deliciosa manera, y sometida su imaginación á esfuerzos de inventiva, ocúrrenle las más temerarias ideas, que pugna luego por convertir en realidad. Poco importaria la vida de una persona si con ella hubie-

ra de reanimarse un tanto su espíritu, como las lámparas de las catedrales con el aceite que las saca de la agonía.

—Estoy cansada—exclama en un extraño monólogo—de tener siempre el mismo Stambul delante de los ojos, de ver siempre el mismo Scutari, la misma Galata y el mismo Cuerno de Oro extenderse delante de mi y entremezclarse á las torres de mezquitas y á los esbeltos minaretes. El Bósforo sembrado de barquichuelos, los valles con sus huertas alegres y deliciosas, la vegetación cubierta de bandas de iris que rodea quintas y palacios, y los intercolumnios que se extienden dando al cuadro magnificencia, son causa de infinita tristeza para mi alma; y mientras todo ese espectáculo de alegría, las costas de contornos poéticos del Asia, las frescas y lucientes marinas de Mármara, cenadores, kioscos, palacios de mármol deslumbradores, agujas de torres pintorescas, calados de ventanas misteriosas donde las flores de jazmin vueltas al cielo se bañan por la noche de soñolientas ráfagas de luna, plátanos abiertos como abanicos y pinos que sueñan con las palmeras, atraen y cautivan la atención del viajero, subyugándole con tan inusitado esplendor, yo navego con la imaginación á otros lugares y deseo la línea curva de las llanuras, anhelo las grandes soledades del desierto, y aparecen ante mí las yermas planicies, donde solo rompe la pesada monotonía

algún árbol sin hojas que llora la ausencia de otros árboles.

Y cuando así habla Aiscé, su vista se derrama por la infinita riqueza de la estancia, que colmaria la ambición de una reina.

Allí están á su vista, en montón brillante, otomanas de las más nuevas invenciones; tapices de infinita variedad, representando escenas galantes ó indolentes; almohadones de todas formas; cojines de todos tamaños, cubiertos por chales deslumbradores; banquetillas; pequeños taburetes; abanicos de plumas de avestruz llenos de piedras preciosas; espejos de mano adornados de lunas venecianas; cincelados *chibukas* pendientes de los muros; jaulas con pájaros extraños; braserillos para fumar; relojes de misteriosa música; y para hacer armonía con tan régio boato, y lucir como rosa dentro del cristal, Aiscé viste el traje riquísimo de la sultana, que forman gorrillo de terciopelo rojo echado sobre la breve oreja, las trenzas en deslumbradora cascada sobre la espalda, sobrevesta de damasco blanco, recamada de oro con mangas de bullón y larga caida abierta por delante; calzón de seda encarnada, que baja en anchos pliegues sobre el pié; faja de raso verde ceñida á la cintura, y zapato de punta remangada, que deja ver un inmenso tesoro de delicias. Los diamantes la envuelven en una irradiadora constelación que deja deslumbradas las retinas; lucen en

su cuello, en su pecho, en su cintura, en los brazaletes, en las babuchas, orlando sus brazos, su cuerpo, su frente, y relampagueando como estrellas vivas en la selva oscura y hermosa de sus cabellos.

Mientras hace su triste monólogo la sultana, sentada en el centro de un círculo de esclavas circasianas, árabes y persas, la vasta servidumbre cuida de excitar su apetito, y al efecto extiende sobre rica mesa el pesado servicio de oro. Las servilletas muestran el galón de raso y el fleco de plata; los pebeteros que difunden aroma son de metal riquísimo; las tazas, ánforas, cristales y pipas, se pierden bajo un diluvio de piedras preciosas, y de la mesa baja un soberbio mantel, que arrastra el pesado fleco de oro por el suelo.

Sin preocuparse de lo que le rodea, Aiscé reanuda su interrumpido monólogo y protesta en silencio de su fortuna.

No son de su agrado los cuadros que siempre salen á su vista en el jardin, donde los jazmines fingen una ideal nevada de primavera; las estancias de la casa, alegres y graciosas, adornadas de esterillas y chimeneas, le causan la triste sensación del calabozo. Harta está de ver ricas alfombras, tapices de maravilloso tejido, techos con óleos representando flores y frutos; fuentes de mármol, donde se desgranan las alegres gotas, como en su cabeza el collar de perlas negras de

su recuerdo; jarrones, macetas, follajes de madreselvas enredados en rejas doradas, y todo el expléndido paisaje del Bósforo colmado de rayos de sol y de alegría.

En su recatada estancia, donde nunca resuena pisada alguna que no sea de otra mujer ó acaso la del celoso sultán, derrama todas sus penas y dolores y convierte en misterioso confesionario los objetos que en silencio recogen y encierran sus palabras.

Ella ansía la libertad y el amor exclusivo de un hombre, de un esposo; rechaza el dorado cautiverio, porque prefiere la dulce compañía de la familia. Oir cada dia la nueva voz de una mujer que le arrebata un pedazo del corazón de su adorado; no sentir el alegre beso de los hijos constantemente sobre las mejillas; consagrar á templo sensual del amor el que debiera ser templo del hogar, con todas sus dichas y placeres, anubla y entristece su alma y la hunde en largas y profundas meditaciones...

Un eunuco anuncia con ceremonia la pronta visita del sultán. Las esclavas huyen entonces con el ruido suave de corzas que se alejan.

A poco, la cautiva recuesta su cuerpo en otomana cubierta de perlas, dejando en sus ojos relampaguear el rayo de los celos, y el sultán clava ambas rodillas, en actitud amorosa, sobre una rica y veteada piel de león.

LAS CÉDULAS DE AÑO

Las cédulas de año

Allá va, anda que anda y cavila que cavila, hácia la casa de Pedro Arias, el currutaco barbero del lugar Pepe Primores, pues siendo la noche en que se echan las cédulas de año, quiere ver si acierta á salir con aquella que le hace puntear la guitarra y cantar enamoradas coplas de las que él improvisa para salir del paso cuando habla y expresar la idea que no acierta á comunicar en romances.

Pero es lo malo que si Lucía sabe las fatigas que al mozo le cuesta el caer fuera de la posesión de su rostro, Pedro Arias, el padre de la niña, no alcanza una jota en el asunto, y así no seria bien decir lindezas á la muchacha en presencia del padre, no fuera á quedarse por su poco recato á la luna de Valencia, recibiendo una rociada del

bueno del hombre, cuando en su ignorancia consiente al barbero la libre plática dentro de la casa, sin pedirle más cédula ni pasaporte.

A bien que para evitar tropiezos piensa Primores tener el secreto debajo de tierra y no decir ni esto al respecto de su cuidado, hasta tanto que no halle ocasión de decírselo á solas á la estrella de sus sueños, para arrancarla de los labios el *sí* con tan amargas ansias deseado.

Entre tanto, dando tiempo al tiempo, á cambio de prestar amorosas impaciencias á su alma, camina ensayando sonrisas de disimulo para presentarse en casa de su adorado tormento, que á la hora presente fulgura como un áscua de oro en medio de las profundas negruras de la noche.

Con vísperas y con tiempo tomó Lucía la limpieza del vasar y el fregado de los peroles, y lo hizo de tal modo, que las ramas de naranjas y los limones puestos sobre las tazas boca abajo lucen ahora más limpios y aseados que los pulcros adornos de la casa; ésta se adorna de grande chimenea de campana en la cocina, cerca de la cual charla y vocifera cuanta niña tocada de ánsia de novio, mozo plañidor de guitarra ó vieja recitadora de cuentos hállase en el recinto del pueblo, no haciendo falta para empezar sino que llegue el dulce y deseado Primores, pues no seria completa la fiesta sin oir su palabra alegre y movible como punto de azogue, ni reir sus donaires

y admirar sus agilísimos piés en el perfecto desempeño del baile.

Pero ya entra cocina adelante, despues de haber tosido socarronamente á la puerta, y los concurrentes prorumpen en exclamaciones de júbilo, empezando en sus carcajadas una vieja, que apenas abre la boca Primores para decir una ocurrencia, suelta la alegre risotada, sin ocuparse de ver si le hace gracia lo que celebra.

—¡Dios guarde á los rostros bonitos!—dice con aire desenfadado Primores, y la vieja lanza una estrepitosa risotada que la deja traspuesta de gozo por algunos instantes.

Mientras todos se rebullen de alegría en presencia del mozo, Pedro Arias, que en diciendo ¡á una broma! deja á un lado sus aires de hombre sério, tira de la pata de una mesa y la arrima cerca del fuego de la chimenea, donde arde el tradicional *tronco de cabecera* en medio de las brazadas de taramas que echan, interesados en la lumbre, los muchachos.

—Que escriba las *céulas* el que sepa—dice la alborotadica mujer de Pedro Arias, que si en cuanto á ánimos y estatura es lo que se llama poquita cosa, en tocando á querer á su hija, seria capaz de alfombrar la casa de flores para que pisara el pedazo de gloria de su alma.

—Allá voy yo á hacerle hablar á la chismosa de dos puntos—añade, en medio de una risotada

de la vieja, Primores, y seguidamente dobla un pliego de papel de barba, lo hace luego pequeñas divisiones, capaces de contener á nombre cada una, y la tijera reduce á fragmentos el pliego, de los cuales ruedan algunos al suelo dando rápidas vueltas por el aire, como si desearan dejar hecha rizos la luz.

Inclínase Lucía para cogerlos á tiempo que lo hace el mozo, y como se tocan amorosamente sus dos caras, el carmin sale á sus rostros, como en tiempos de Mayo las rosas, y se tiñen de una viva tinta de escarlata.

Pero el mozo desea empezar con las cédulas, y sin más escribe en la primera tira de papel, usando de su facilidad para inventar coplas á todos los asuntos:

Con el alba sale el sol,
con la aurora sale el dia,
no salgas con otro amante
sino conmigo, Lucía.

Cuando Primores lee la copla, liándola despues para meterla en un sombrero que habrá de servir de urna, la vieja queda tan vencida por una carcajada, que se lleva las manos á los cuadriles, temerosa de que el haz de sus huesos se deshaga y tome cada uno por su lado.

En tanto, apunta otro mozo los nombres de mujer que, doblados cuidadosamente, van á dar

en otro sombrero, y un tercer galán oculta en otra cobertera las notas de los regalos que tendrá que hacer cada agraciado á su pareja, los cuales no suelen ser á veces de lo más delicado, pues con frecuencia los ramos de camelias se truecan por los de rábanos y á los de violetas sustituyen las espantosas flores borriqueras.

Escritas y dobladas todas las papeletas, acomódanse las personas en los asientos, y el *escrutinio* dá comienzo bajo la amenaza de otra carcajada de la vieja, que no quita ojo del rostro de Primores, esperando oirle un donaire.

Las parejas que al ir sacando las papeletas reune caprichosamente la suerte son aclamadas con grandes muestras de júbilo por la concurrencia, y cada cual suelta una salida de tono figurándose de *bracete* al adefesio con el guapo mozo, ó á la solterona con el jumento del tio Liebre, quien también metió alguna mano *endina* en la colada.

Pero callen, que al llegar á su comedio el juego, la propia y mismísima vieja es la que sale en unión del dueño de la casa, y es de oir el bullicio que se arma, y las invitaciones á que se cojan del brazo y den una vuelta por la estancia haciendo melindres y remilgos é imitando á las personas finas y delicadas.

Es tanta la risa de la vieja, que no puede despegar la puntiaguda nariz de la barba, lazo en

que funde los dos puntos salientes de su rostro cuando la alegría pone á la vista las peladas huellas de sus encías.

Pero otras nuevas cédulas vienen á destruir el efecto de las anteriores, y son aquellas en que salen como parejas Primores y Lucía, los cuales, no pudiendo ocultar esta vez la emoción, delatan su afecto en el sonrojo y las miradas, y llueven sobre ellos los dimes y diretes, hasta que el padre toma á buena parte el asunto, y aprueba, como las demás personas de la fiesta, la declaración que se vé precisado á hacer el mozo de su pasión profunda por Lucía.

¡Qué algazara una vez terminado de tan impensada manera el juego! ¡Qué de plácemes los unos á los otros por la inmensa dicha de haber salido con semejante pareja!

A renfilón seguido sale en una série de pequeñas copas el vino nuevo que Pedro Arias cria para el consumo de su familia, y los rostros se llenan de irradiaciones á medida que la savia se precipita por las venas.

Despues la mesa es echada á un lado, la guitarra asoma con su haz de moños y lazos sobre las clavijas, pónese una pareja en el centro del círculo que forma la concurrencia, las cuerdas despiden un punteado de notas de agradable sabor morisco y el fandango rompe alegre y animado al resonar de los platillos, al sonoro repique de las

castañuelas y á los gritos y frases de entusiasmo de los mozos.

Primores, con su decidido amor á inventar coplas á todos los asuntos, entona, entre caprichosas fermatas, el siguiente cantar, que es celebrado con palmas y risas por el auditorio;

Porque me llaman **Primores**,
uno te voy á decir:
que serás de mis rosales
rosa de pitiminí.

Y seguidamente, para que la fiesta siga su curso y de ejemplo de alegría, una persona de la casa, Lucía, echa al aire esta otra copla, que cantó con acento apasionado y sones melodiosos:

Para que tu amor no sufra
con el rocío del cielo,
le habré de echar por las noches
el pabellón de mi pelo.

LA MUJER DESCONOCIDA

La mujer desconocida

Se estrenaba aquella noche un drama en el antiguo teatro de Novedades.

Lo lluvioso y frío del tiempo y lo encharcado de las calles no habian sido parte á que el público dejara de asistir, en gran número, al distante coliseo. Butacas y palcos llenábanse de esa masa de gente abigarrada, mitad personas distinguidas, mitad vulgo, que acude á gozar los terrores de una trama melodramática.

Los saludos acompañados de risas expresivas, el girar de los gemelos en todas direcciones, la llegada de una nueva familia que se despojaba de los abrigos y entraba en una platea, y ese rumor que se forma de infinitas conversaciones, cada cual distinta de las demás, daban á la sala lo animado y bullicioso de la noche de estreno.

Ya iba á alzar el director de orquesta la batuta

para dar principio á la sinfonía, cuando en dos asientos próximos al en que me hallaba sentáronse una jóven y su padre, que tales parecian á juzgar por los rasgos característicos de ambas personas.

El caballero era como hasta de cincuenta años, de rostro largo y enjuto, surcado por vigorosas arrugas, y de un blanco bigote de extraordinarias proporciones; hacia compaña al bigote una perilla, tambien blanca, no muy prolongada, que finalizaba en un ángulo agudo; con esto y con añadir que su cráneo era en la frente un tanto deprimido, á cambio de ser bien desarrollado allí donde dicen los frenólogos que se halla la filogenitura, y con decir además que su estatura era antes alta que baja y su cuerpo recto, delgado y vigoroso, podrá tenerse idea del primer personaje de mi historia, á cuya pintura no me es dado poner signo alguno al pié, bien á manera de rótulo, pues desconozco el nombre y apellido del caballero.

Cuanto á la jóven, causa absoluta de esta historia, también ignoro su nombre, si bien llevo grabada su imágen en los ojos, como bella é iluminada fotografía.

Su figura no es la que eligen como perfecta los estéticos, ni acaso haya línea alguna clásica en su cuerpo; enceña y de escasa estatura, y cubierta en su cima por un exuberante cabello de un negro profundo y lustroso; breve y rosada la

deliciosa boca; pequeñas las manos y de una tez donde parece estar dando la luna, pudiera pasar por una aceptable belleza, si antes no la hiciera digna de más altos elogios lo divinamente bizco de sus ojos, que venia á dar originalidad á su semblante y dotaba sus miradas de un leve cruzamiento vago é indefinido, que ponia á la vista dos puntos de un blanco vigoroso.

Las pupilas no eran de un azul ideal que hiciera soñar con las nieblas, ni de un verde como el de la hoja de Mayo, ni de un castaño lleno de claridad é inteligencia; sus pupilas eran sencillamente negras.

Bajo la influencia de estos ojos permanecí durante tres actos de peripecias é intereses escénicos, en los cuales se desarrolló una trama más complicada que verdadera y más sorprendente que bien concebida y meditada.

Cayó el telón á lo último de la obra entre ruidosos aplausos, púsose en movimiento la gente y empezó á salir el auditorio con paso lento y rezagado Yo me dispuse á seguir á mi desconocida, poseido de una resolución inquebrantable.

Salimos. Las calles, imposibilitadas para el tránsito á causa de la reciente lluvia, brillaban heridas por la luz de los faroles, y las losas aparecian cubiertas de fango batidísimo, como si sobre las piedras hubiera pasado á pié una interminable bandada de pájaros que hubieran dejado sus hue-

llas en las losas. La alta hora de la noche, punto en que se desarrollan los terribles dramas de la psicología, gravitaba con pesadez sobre los cuerpos; alguna tienda todavía abierta, el café encerrando las últimas personas que salian de las veladas, las campanas de los relojes anunciando la una con sones lentos y graves y las sombras de las torres tendidas á lo largo sobre las casas, daban á la ciudad el encantado aspecto de un castillo, en cuyas encrucijadas solo repercutían los pasos alternados de las dos personas y más lejos los mios, como eco levantado por los primeros.

La calle de Toledo parecia á aquella hora, sin su carácter peculiar, cosa petrificada por el tiempo, sin más encanto que las masas de sombras agarradas á los muros, el laberinto de puertas y balcones cerrados unos sobre otros y las dos líneas de hierro de los rails, fatalmente unidas á la misma distancia y corriendo á lo largo con algo de la falaz ilusión de las llanuras.

La mujer perseguida internóse bajo las columnas de la plaza Mayor, acompañada siempre del caballero. Bajo la bóveda de los arcos, que hacian á sus pasos devoluciones sonoras, deslizáronse rápidamente hasta salir sobre la desierta plaza de Herradores. El tranvía ascendía en aquel momento con su ojo candente y desencajado. Llegó hasta el sitio de las personas, paró las tenaces bestias el mayoral, y á cincuenta pasos de mí

subieron una y otro, sin que yo lograra alcanzar el vehículo. La niebla espesa que cubria la capital lo envolvia todo en impalpable y goteante nube. En un momento concebí un pensamiento temerario, increible; desafiar la carrera del tranvía y perseguir á la mujer desconocida.

Si mi cuerpo hubiera tenido en aquel momento los alientos de mi espíritu, atrás dejara en carrera vertiginosa bestias, trenes y vientos; pero en lo hondo de la larga calle, cuando llega á darse vista á la mole de Palacio, el coche me habia aventajado un considerable trecho. A la alta hora de la noche los tranvías vuelan como trenes sobre los rails. Redoblé mi desenfrenada carrera; el engañoso vehículo me miraba á través de la niebla con su ojo de fuego resplandeciente, la distancia desaparecia cada vez más presto bajo sus ruedas; yo lo seguia fijamente como andarín sonámbulo y fantástico.

Pasé rozando sobre las garitas donde hacian guardia los centinelas; un húsar, con el pecho cruzado de cordones, pasó cerca de mí entre la niebla; lo creí un esqueleto que andaba. En mi desaforado empuje alzaba la frente herida por la lluvia, para robar con más libertad mi aspiración de aire á los vientos; la columna de vapor que se exhalaba de mi aliento arremolinábase y partíase á mis lados en largas espirales, como crines sueltas de desbocado alazán. El coche se perdia delante

de mis ojos; yo hacia vanos esfuerzos para alcanzarle. Descendió por la lóbrega pendiente de Caballerizas, marcó la curva que se desarrolla hácia el barrio de Argüelles y redobló su marcha vertiginosa hasta perderse en la interminable calle de Ferraz.

Con el semblante cubierto de sudor, el corazón redoblando hasta querer romperse y falto de oxígeno para mi vida, tocaba ya el muro del cuartel de la Montaña, cuando caí derribado en tierra por la fatiga.

La congestión me envolvió un momento, como oleada roja, que me ponia mano de hierro en la garganta.

Respiré con grave dificultad, contuve con ambas manos el cerebro, y poco á poco la agitación fué cediendo como cede la inquieta marea en la resaca.

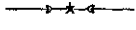
***

¿Volveré á encontrar otra vez á la mujer desconocida? ¿Acertaré á descubrir dónde vive? ¿Leerá ella, acaso, estos renglones?

Quizás al encontrarla se desvanezca la divina ilusión de mis sentidos; tal vez sea más consolador no hallarla en los solitarios cruces de mi sendero y gozar con su imágen eternamente luminosa.

Sea fatal ó dichoso el encuentro, cuando á me-

ditar en la fantástica aventura me entrego, siento en el alma como un encanto melancólico que se aleja, la fatiga abrumadora de una pesada carrera y el ojo vivo y desencajado del vehículo que me mira alejándose en la niebla, como fuego fátuo de la dicha, al que no alcanzan los séres humanos en la tierra.



CREPÚSCULO

Crepúsculo

La luz habia formado en el horizonte el más brillante cuadro que pudo soñar imaginación alguna.

Teófilo Gautier hubiera encontrado en aquel mosáico de colores asunto adecuado á su pluma.

El viento del otoño, que se arrastraba como el rumor de una tos seca y prolongada, arrancaba á los árboles sus hojas y las llevaba formando remolinos por las calles inmediatas á la ciudad.

Colocado tras un cristal que los últimos rayos del sol poniente convertian en una lente de fuego, miraba yo ir poco á poco desmayando la tarde y lanzar sus vivas reverberaciones.

Una zona encendida, rayada por largas líneas de niebla, servia de fondo al cuadro luminoso, desprovisto de figuras humanas, que lucia colgado al horizonte como un paisaje aéreo.

A un lado otra ancha zona de un verde clarísimo asomaba por cima de las torres de la ciudad, extendiéndose hácia Poniente, y difuminaba sus contornos sobre un fondo azul, claro y profundo, por el que todavía resbalaban algunos pájaros buscando la rama donde guarecerse.

A modo de gigantesca pizarra de coral, alzábase otra nube á la izquierda, cuya cúspide, por un azar de la niebla, se habia trocado en el más bello molino de viento imaginable.

Sobre el cuadro iban escalonándose nubes y nubes de todos colores, y servian de sostén á la brillante pintura las azuladas cumbres de una montaña, por cuyas faldas iba subiendo gradualmente la sombra.

De pronto un parcial hundimiento del paisaje en que se borraron las líneas mudaron de forma los objetos y abriéronse las montañas, arrojando porción de volcanes, cambió la faz del horizonte, que se quedó convertido en un mar ondulante y sereno, por cuyas llanuras volaban cien delgados esquifes, atravesaba una barca de ébano con lucientes remos de plata, meciase un gallardo buque con velas de fuego, y el oleaje parecia venir á estrellarse lentamente sobre los altos campanarios de la ciudad, que, coronada por tan diversos resplandores, no parecia sino una encantada Babilonia, construida con sillares de oro y torres de cristal.

Pero hé aquí que un violento huracán encrespa la superficie, hace cabecear con violencia á las naves, disuelve las aguas en luminosas espumas y dá la voz de tempestad á las olas, que alzan locos remolinos y erizadas cresterías.

Pasado el violento huracán, fueron poco á poco sumergiéndose las aguas, aparecieron islas y llanuras, y el mar de reflejos vióse convertido en una extensa esplanada, donde por arte maravilloso empezó el soberbio alzamiento de una antigua ciudad, que podria ser la de Menfis, y destacáronse tumbas de pórfido, esfinges talladas en zafiros, columnas de imponente grandeza y templos de soberana arquitectura coronados de torres y cúpulas resplandecientes, donde la luz venia á caer en inflamados chorros irisados.

Por cima de la fantástica ciudad cabalgaban sobre mónstruos horribles los viejos Faraones, atravesando el cielo á manera de visión dantesca y dejando tras de sí un siniestro relampaguear, acompañado de lejanos é imperceptibles truenos.

Una franja, que fué pasando por todos los tonos azules, tendióse sobre el figurado desierto á semejanza de anchuroso Nilo, y en sus orillas dejáronse ver elegantes palmeras y pintados cocodrilos.

Pasados algunos momentos, derrumbóse, sin ruido, la soberbia ciudad; desiertas llanuras é inmensas soledades siguieron á los brillantes edificios y del fondo empezó á destacarse un paisaje

apacible, donde una tarda yunta dejaba hondos surcos de niebla con el arado y un enrojecido labriego removia el suelo con la reja, arrancándole terruños de oro, que unos pájaros picoteaban, rompiéndolos con sus patas azules.

A lo lejos bailaban algunos grupos de pastores al pié de árboles corpulentos, y un músico campestre, sentado sobre un arrebolado peñón, animaba la fiesta con los sones de rústica flauta. Por detrás de las ramas, que la noche parecia ir cuajando de estrellas, veíase atravesar un negro fantasma que representaba la noche y que recorria cautelosamente el horizonte.

La viva claridad fué amortiguándose lentamente. Apenas si como último paisaje dejóse ver una dilatada llanura parecida á campo de Castilla, por medio de la cual atravesaba una figura á lomos de enflaquecido Rocinante, con su lanza en ristre, su armadura donde venian á romper armas los reflejos, su yelmo abollado en cien y cien aventuras, y la vista fija en el último término del horizonte, donde aún parecia oscilar el dorado molino de viento formado por la niebla.

Aquella figura, símbolo de la locura humana, fué también desvaneciéndose, y poco á poco los tonos rojos del crepúsculo tornáronse violados, los cenicientos volviéronse azules, y los oscuros, por último, tocaron en la sombra.

Sobre el montón, ya imperceptible, de los va-

pores, principió á temblar un diluvio de estrellas; la luna apareció, eternamente afligida, tras los montes; los campanarios de la ciudad borraron sus contornos en la sombra y yo me ví al cabo cercado completamente de tinieblas, con el pensamiento aún flotando por mundos imaginarios, como si dentro de mi sér siguieran reproduciéndose paisajes brillantes y ciudades de brumas.

Nada venia á turbar el silencio en torno mio. Solamente á lo lejos y entre el sosiego de la noche oíanse las delicadas notas de un piano, que, recogiendo las postreras angustias del crepúsculo, entonaba *El último pensamiento* de Weber.

INDICE

	PÁGINAS.
Bajo la parra.	7
El tronido.	15
Salamandra.	27
La pareja de mariposas..	35
La pulga.	43
Los murciélagos..	51
Escena al sol..	61
El exorcismo..	71
La venta del pescado.	81
Los barqueros.	91
El musgo..	101
El aguacero de oro.	109
La banda de música..	117
El vaso de agua.	125
Cuadro húngaro..	135
Cuadro oriental.	143
Las cédulas de año.	151
La mujer desconocida.	161
Crepúsculo.	171

BIBLIOTECA SELECTA

COLECCIÓN DE OBRAS DE LOS MEJORES AUTORES NACIONALES Y EXTRANJEROS

(á 50 céntimos de peseta)

2 reales el tomo

OBRAS PUBLICADAS

	Vols.
Viaje alrededor de mi cuarto y Excursión nocturna alrededor de mi cuarto, por J. Maistre (3.ª edición).	1
Werther, por Goethe (3.ª edición). . . .	1
Aventuras maravillosas, por Edgard Poe (3.ª edición).	1
Avatar, por Teófilo Gautier (4.ª edición). .	1
Leyendas de oro, por D. T. Llorente (3.ª edición). Corregida por el autor.	1
El Endemoniado, por C. Dickens (3.ª edición).	1
Hugo el Lobo, por Erckman Chatrian (2.ª edición).	1
Amorosas, por D. Teodoro Llorente (3.ª *edición). Corregida por el autor.*	1
Baladas, por Walter Scott (2.ª edición). .	1
Cántico de Nochebuena (2.ª edición) y la **Fortuna de un estudiante**, por C. Dickens.	1

Vols.

Cuentos de los Vogos, por Erckman Chatrian (2.ª edición). 1
Novelas Alemanas y Escandinavas (2.ª edición). 1
¡Vencido! La isla de los cocineros (2.ª edición), por Mme. Emilio de Girardin. . 1
La Reina de Saba, por T. Bayley Aldrich (2.ª edición). 1
Doloras, por D. Ramón de Campoamor. Nueva edición (1.ª série). 1
El mundo tal y como será en el año tres mil, por Emilio Souvestre (2.ª edición). . 2
El Progreso, por Emilio Souvestre.. . . 1
Cuentos flamencos, por E. Conscience. . 1
Dos episodios, por E. Vichert. 1
El Título de propiedad, por E. Eggleston.. 1
Federico el guardabosque, por E. Chatrian. 1
Cuentos suecos. 1
Aventuras de un niño calavera, por Bayley Aldrich.—Autobiografía. 1
Espirita, por Teófilo Gautier.. 1
Croquis americanos, por Bret Harte. . . 1
Los pequeños poemas (1.ª série), por don Ramón de Campoamor.. 1
Doble amor.—Margot, por Alfredo de Musset.. 1
Relatos breves, por D. Felipe Mathé. . . 1
Fantasías, por Cárlos Dickens. 1
Historia de una Momia, por Teófilo Gautier. 1
Los pequeños poemas (2.ª série), por don Ramón de Campoamor. 1
Los pequeños poemas (3.ª série), por don Ramón de Campoamor. 1
Escenas de cuartel, por D. Federico de

Vols.

Madariaga. 1
Colón. Poema de D. Ramón de Campoamor. 1
Páginas rusas, por el conde León Tolstoi.. 1
Majaderías, por D. Enrique Gaspar. . . 1
Más majaderías, por D. Enrique Gaspar. . 1
Humoradas, por D. Ramón de Campoamor. 1
Más relatos breves, por D. Felipe Mathé. 1
Cuentos del dia de Reyes, por C. Dickens. 1
Un Problema, por D. Enrique Gaspar. . . 1
Poesías, por el Padre Juan Arolas. . . . 1
Barcelona en 1888 y París en 1889, por D. Cárlos Frontaura. 1
Doloras, por D. Ramón de Campoamor (2.ª série). 1
Graciella.—Recuerdos de la juventud, por Alfonso de Lamartine. 1
Cuentos de la calle, por Alfonso Perez Nieva. 1
Viaje á Atenas, 1872-1875, por D. Enrique Gaspar. 1
El Enano Negro, por Walter Scott.. . . . 1
Tiranías del corazón, por Catherine Brabber.. 1
El Drama Universal, por D. Ramón de Campoamor. 2

ADVERTENCIA. Nuestra edición de las obras de D. Ramón de Campoamor es completa, y en particular las *Doloras*, nueva edición 1.ª y 2.ª série, y las *Humoradas*, son las ediciones más económicas y completas que hasta el dia se han hecho, incluso las de más lujo, como podrá observarse cotejándolas con aquellas.

La *Biblioteca selecta* se publica en volúmenes de 200 ó más páginas, elegantemente impresos y encuadernados en rústica, al precio de 2 *reales en toda España*.

Los pedidos se dirigirán al editor, Caballeros, 1, Valencia, y se servirán francos de porte á cualquier punto de la Península. El certificado es de cuenta del peticionario.

Esta casa no responde más que de los paquetes que certifica.

No se servirá ningún pedido si no se acompaña el importe.

EN PRENSA

CUENTOS ESCOGIDOS

POR

Doña Emilia Pardo Bazán